

Jesús Morata Moya
María José Vioque Lorenzo
Enrique Galindo
Antonio J. L. Contreras Lerín
Lola López Díaz
Vanessa Jiménez García
Marisa Morata Hurtado
Magdalena Castaños Fontirroig
Manuel González
Martín Lucía
Jesús Pino
María Antonia Ricas
Ramón Martín
Paco Morata
Joaquín Copeiro
Ana Isabel Rodríguez Ortega
Reyes Santiago Ostos
Juan Carlos Pantaja Rivero
Inmaculada Gómez Vera
Manuel Quiroga Clerigo

Ilustraciones:

*José Morata
Luis Pablo Gómez-Vidales
Teresa Ayuso*

HERMES



Hermes IV, Toledo, 2007

Revista Literaria Estacional
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

HERMES 4

**REVISTA LITERARIA
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO**





Jesús Morata Moya

primeras luces

A nuestra edad la muerte se percibe como un hecho remoto e improbable. Aún así, sé que hay personas que, como tú, viven obsesionadas por la decrepitud de la vejez. Contempláis con repulsión los efectos inevitables que el paso del tiempo produce sobre el cuerpo y la mente: la enfermedad, el deterioro físico, el olvido y la demencia, tributos penosos que hay que pagar por atravesar los mares de la vida. De forma más o menos consciente huís de vuestra propia decadencia. Sabiendo que la fuente de la eterna juventud es una quimera, y Dorian Gray un personaje de ficción, convertís vuestra existencia en una travesía sin rumbo.

Empiezo a comprender esto, quizás demasiado tarde, montado en un coche con otros cinco pasajeros jóvenes e imprudentes como yo, arrastrados a través de

una carretera tortuosa por el más insensato de todos nosotros.

Conforme los efectos del alcohol se van diluyendo en mi cabeza, un vómito de ansiedad me alcanza la boca del estómago. Pienso que tal vez no debería estar aquí y me arrepiento de haberme dejado convencer.

Mientras tanto, en la parte trasera del vehículo, Luis y Antonio duermen, y Felipe y Ana aprovechan para meterse mano. Adivino en la penumbra sus besos con sabor a alcohol y tabaco. Estoy seguro de que ninguno de ellos se siente inquieto. También te veo a ti de reojo, al volante, y mirando fijamente la carretera, silencioso, disfrutando de cada curva, de cada derrape, concentrado en el abismo que nos acecha.

Hace poco más de media hora nos divertíamos en una discoteca. Todos habíamos bebido pero tú y Luis visitabais continuamente los lavabos porque necesitabais algo más que alcohol. No sé a quien se le ocurrió la idea de terminar la noche en la ciudad pero todos la aceptamos con cierto entusiasmo. Para ir allí teníamos dos alternativas, la autovía, casi el doble de kilómetros, pero más segura, o aquella carretera de montaña, un atajo, sin señalizar y llena de curvas, que en los últimos veinte kilómetros de subida y bajada del puerto pendía sobre mareantes precipicios. Con la lógica que imponía el atolondramiento del alcohol nadie protestó cuando decidiste que iríamos por el camino más difícil, con la excusa de evitar los controles, aunque sabíamos que por allí se tardaba bastante más que por la autovía.

Siempre has sido amante de los retos y la dificultad. Nunca terminaré de comprenderte. Cuando nos quedamos solos en las noches de verano, desahogas tus inquietudes conmigo. Te sientes cómodo y, aunque eres introvertido por naturaleza, te vuelves locuaz. Yo, en silencio, escucho con atención tus disertaciones. Muchos de nuestros amigos te tienen por un amargado, aunque yo trato de comprenderte. Quizás es a causa de tu situación familiar por lo que normalmente te muestras reservado con los demás. Sé, lo difícil que te resulta vivir con tu familia, que lo que más deseas es independizarte y salir de casa. Desde luego comprendo que debe ser duro contemplar a tu madre convertida en enfermera obligada de dos personas mayores, tu abuelo paterno con demencia senil y tu abuela materna postrada en cama desde hace mucho tiempo. Vives obsesionado con los sufrimientos de tu madre y las penalidades de los ancianos. Siempre aprovechas para contarme la última ocurrencia del abuelo, convertido en un niño travieso que esconde los calcetines sucios en la cazuela de la comida o recorta billetes de cincuenta euros para arrojarlos por el balcón. Pero, para ti lo peor es escuchar los lamentos de tu madre.

En el silencio de la noche el vehículo avanza rápidamente por aquella carretera endiablada. Pronto empezaremos a subir el puerto. Las primeras curvas cerradas nos anuncian el cambio de trazado. En el horizonte, una luna rotunda y brillante, aparece y desaparece frente a nosotros según el coche gira. En el lado

abierto de la carretera se muestran, como pequeños enjambres de luces, los pueblos diseminados de la comarca. Muchas veces me lo habías preguntado, como si yo fuera capaz de darte una respuesta, ¿por qué envejecer? La vida tendría que durar mientras nuestro cuerpo y mente estuvieran sanos, por lo menos dueños de unas capacidades mínimas. No importa la edad, cuando la decrepitud y la enfermedad nos impidieran llevar una vida digna lo mejor sería desaparecer. No hablabas de un proyecto, o por lo menos eso creía yo, más bien lo interpretaba como un deseo abstracto, o una voluntad latente que marca un modo de vida.

Ahora, al contemplarte absorto en el trazado de la carretera comienzan a tener sentido en mi memoria muchos de tus monólogos. Empiezo a comprender el dilema entre la vida y la vejez que te atormenta desde hace mucho tiempo. Cuando más los comprendo más tengo la sensación de sentirme colgado en el vacío, asido a la cintura de un loco que en cualquier momento puede soltarse y dejarnos caer. Este pensamiento vuelve a hacerme sudar porque contemplo enfrente de mí como aumenta la dificultad de la carretera. Trato de articular alguna palabra, alguna frase de circunstancia que nos distraiga a los dos y relaje la tensión multiplicada por el silencio. Con los pasajeros de atrás no puedo contar ya que siguen a lo suyo. No me sale la voz del cuerpo porque la carretera se empina y las ruedas rechinan en cada curva. Un desagradable olor a caucho quemado invade el habitáculo. Noto la garganta muy reseca. Vuel-

vo la cabeza al asiento de atrás esperando que nuestros compañeros de viaje se hayan dado cuenta de la situación, buscando por lo menos compartir con alguno de ellos parte de mi angustia. Por un momento me distrae la imagen de los muslos redondos de Ana, ya entregada totalmente al placer, dejándose arrastrar por la mano de Felipe, hundida de lleno en aquellos parajes donde los amantes pierden la cordura. Aquella visión, acompañada de sus disimulados jadeos, me ha hecho sentir una erección aunque fugaz porque el derrape del coche en la siguiente curva arrastra consigo la poca libido que soy capaz de sentir en estos momentos. No obstante pienso que tal vez sea buena idea, dejarme llevar por la voluptuosidad, recrearme en el cuerpo bien formado de Ana, en sus piernas, o en esos senos redonditos que quieren asomar ladinos por encima de la blusa. Ana es más joven que todos nosotros, aún está en el Instituto, creo que en su último año. Es de esas personas que se dejan llevar. Quieren vivir de prisa y se dejan encandilar por el primer chico que se le acerca. Felipe no me cae bien ya que le gusta aprovecharse de su físico porque sabe que tiene éxito entre las chicas. Yo no las entiendo. Por qué huyen de las personas serias como yo y sin embargo se cuelgan de tíos como Felipe, superficiales, simples y egoístas.

- ¿Qué miras «pasmao»? Felipe se ha dado cuenta de que miraba fijamente a su novia y se ha mosqueado. Ojalá se despierte Luis. Quizá no le haga gracia que ese chulo se esté aprovechando de su hermana y la lie. Una

buena manera de que todos despertemos de esta pesadilla, de acabar con este absurdo viaje.

Yo no estoy acostumbrado a beber. De hecho casi nunca salgo de copas. Has sido tú el que me ha convencido. Sabes que durante el curso estoy en la ciudad estudiando, aunque suelo pasar casi todo el verano en el pueblo, sobre todo desde que murió mi padre. Salgo con vosotros pero siempre a pasear y charlar un rato. Cuando hay una movida rara procuro evadirme. Sabes de sobra que no me gusta beber ni fumar. De niño me detectaron una desviación en la columna. Los médicos dijeron a mis padres que tenía que hacer mucha natación si no quería terminar con la espalda deforme. Por eso empecé a hacer deporte desde muy joven. Ahora soy un gran nadador, este año gané dos pruebas en los campeonatos universitarios.

Estamos llegando al puerto. Pronto la carretera empezará a declinar y sólo nos quedarán seis kilómetros para terminar este viaje. No hay que pensar en que vaya a ocurrir nada malo. Conduces bien pero no deberías tomar las curvas a esa velocidad. Antes de que hicieran la autovía había mucha gente que iba por esta carretera a la ciudad. Yo mismo he hecho el trayecto varias veces con mi padre. Pero a él no le gustaba conducir de noche. Si veía que atardecía antes de la vuelta se ponía nervioso y siempre procuraba acelerar los trámites para volver pronto. Mi madre puede que esté preocupada. Está muy sola desde que murió hace dieciséis meses.

Esta parte es la más difícil de la subida. Las vistas desde este tramo serían impresionantes si fuese de día. El destello de la luna solo nos permite vislumbrar las luces de las aldeas y el color parduzco de los viñedos. Otra vez me duele el miedo. No lo puedo controlar porque pienso en lo terrible que sería una caída a esta altura. Y tú parece que no aflojas, al contrario. De pronto me doy cuenta de que Felipe saca la mano urgentemente de entre los muslos de Ana. Miro hacia atrás porque Luis está abriendo los ojos.

- *Para, para.* Acierta a decir poniéndose la mano en la boca. Cuando el coche se detiene, apenas si tiene tiempo de abrir la puerta trasera y saltar sobre el cuerpo de Antonio dando violentas arcadas. Vomita encima de su compañero de asiento que también siente náuseas. Los dos bajan del coche para intentar que el fresco de la madrugada logre despejarlos.

Tú bajas también. Llevas un cigarro en la mano y te alejas un poco, seguramente para no sentir asco. Yo he bajado a la vez. Siento la humedad del relente sobre mis mejillas. Este descanso ha servido para relajarme y espantar momentáneamente mis temores. Voy detrás de ti que fumas sobre una roca a la orilla del camino. Me decido a hablarte:

- *¿Por qué conduces tan deprisa?*

- *¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo?*

En ese momento debería decirte que sí, que estoy hasta las narices de este viaje, que te estás portando como un loco y que deberíamos volver. Sin embargo,

por no quedar como un cobarde contesto con un lacónico «no». Me miras de soslayo mientras lanzas la colilla al vacío. Te diriges al coche en silencio y yo te sigo como un penitente. He observado algo raro en tu mirada y otra vez he vuelto a recordar una de nuestras últimas conversaciones, más bien soliloquios nocturnos. Hace dos noches los amigos tardaron más tiempo de lo normal en dejarnos solos pero yo intuía que tenías muchas ganas de hablar conmigo. Tu abuela se moría. Llevaba tres días sufriendo una penosa agonía. De vez en cuando habías entrado en la habitación. La escuchabas respirar con dificultad y contemplabas en silencio sus ojos marchitos y suplicantes. Me hablaste de la eutanasia y otra vez de tu deseo de huir de la vejez, de la decadencia que preludia la muerte del ser humano. A pesar de mis objeciones seguías ensimismado en tu monólogo como si no me escucharas. Me contaste la historia de aquel príncipe indio. No sé si la habías leído o la conocías de alguna película. La historia de Sidharta, que había vivido gran parte de su vida, encerrado en un palacio, engañado para evitarle el sufrimiento de la vida exterior. El príncipe que descubre, ya siendo un hombre, las penalidades arrastradas por la condición humana: la enfermedad, la vejez, la muerte... El príncipe que huye de su mundo ficticio y que busca refugio en la meditación y la renuncia a las pasiones humanas como única salida para evitar el sufrimiento.

Me sumo en aquel ensueño mientras te sigo hasta el coche. Antonio y Luis han limpiado las esterillas como

han podido con pañuelos de papel. Aún así, en el interior del vehículo se ha quedado el olor agrio y penetrante que despiden el vómito de las borracheras. Ahora están todos despiertos. Te pones otra vez al volante y yo aún tengo la esperanza de que alguno recobre el juicio y proponga que demos por finalizado el viaje y volvamos a casa. Sin embargo todos parecen decididos a seguir.

La situación dentro del coche ha cambiado. Ahora puedo contemplar los rostros serios de los amigos, hasta puedo percibir un gesto de preocupación en la cara de Luis. Se nota que se siente mal. Tal vez sean los efectos de la borrachera, debería vomitar más para vaciar lo que le hace daño en el estómago. Felipe ha dejado de toquetear a Ana. A los dos se les nota transformados, sobre todo a Ana por la interrupción brusca del placer. Pero, si todos estamos incómodos, ¿por qué nadie habla? Alguien debería decirte que pararas el coche, que nos quedáramos en algún claro a la orilla de la carretera hasta que amaneciera y después, más despejados y con luz natural, volviéramos a casa.

Ahora las rampas se han invertido. Vamos cuesta abajo, pero sigues conduciendo a la misma velocidad. Cuando afrontamos las curvas cerradas me imagino que el coche se sale y siento una gran sensación de vacío en el corazón y el estómago. Ya es algo más que un temor, esa sensación se ha convertido en una premonición. Oigo un ruido a lo lejos y un resplandor leve allí abajo entre la espesura que rodea la carretera. He oído decir que los autobuses que transportan trabajadores ilegales a los

tajos utilizan aquella carretera para evitar los controles de la policía. Mientras nosotros seguimos bajando de forma endiablada siento acercarse el rumor cada vez más fuerte de un motor grande. He llegado a esa sensación de abandono que produce la falta de esperanza. Ya, dispuesto a aceptar nuestro destino, cierro los ojos, intentando huir de la realidad que me espanta, pero esto solo consigue multiplicar la sensación de vértigo. Abro los ojos para evitarla y me estrello con los faros grandes e inclementes del autobús que invade el poco espacio que nos deja la carretera. Un volantazo. Tres vueltas de campana...

El coche está boca bajo. Creo que he perdido el conocimiento durante algún tiempo. No sé cuánto. Sólo sé que ahora ya puedo contemplar en el horizonte los primeros destellos del alba. Sólo sé que mis amigos yacen inconscientes, puede que muertos, en la parte trasera del coche y que el asiento del conductor está vacío. Tú no estás. Aunque me duele todo el cuerpo me gustaría que estuvieras para poder zarandearte y preguntarte por qué lo has hecho, por qué nos has hecho víctimas y cómplices de tu suicidio. Ahora oigo un crujir de ramas debajo de nosotros, como si se rompiera poco a poco el árbol que nos impide caer al vacío, a la vez que se rompe el hilo sutil que nos sujeta a la vida.

Febrero/ 2007.





María José Vioque Lorenzo

mi casa en san Justo tiene

I

-las paredes-

Las paredes de mi casa tienen desconchones.
Son blancas,
deformes.
En su transparencia reflejan mis estados;
a veces, buenos:
los menos, malos.
Las paredes de mi casa tienen máculas,
son imperfectas,
enormes.
En su deformidad nos miramos
y apreciamos halagados
que nos arropan
y cuentan historias de su pasado.

II

-el techo-

No todos los techos son iguales,
los hay rectos, más rectos, rectísimos.
El mío es erguido, altanero y sabio.
Hay días en los que nos atrapa, entonces subimos a las
[nubes.

Mi techo acoge una gran barriga cargada de placer,
de vez en cuando estalla y se abre
de nuevo en su palabra.
grita... te taparé.

Pero hay momentos en los que ambos nos obstruimos
y abrimos las ventanas.

III

-las ventanas-

En mi casa tengo un corredor.
Está lleno de ventanas.
La luz saluda al día,
la sombra nos arropa del calor en el verano.
Los cristales están débiles, pero yo los limpio igual.
Me gustan las ventanas, son de madera e irregulares.
Mis ventanas no tienen picaporte,
solo las abro para ti.
A veces pienso que cuando chocan y hay corriente
es porque, como el techo, están furiosas
y quieren gritarr...

IV

-las puertas-

Solo tengo tres puertas.
Una es grande, firme, como yo.
La segunda es frágil, débil, con cristales,
 se diría que es transparente, como yo.
La tercera guarda nuestros cuerpos
cerca de la botella de butano.
La puerta de la calle pesa, es dura, seria, fuerte,
sin polvo; con dos cerrojos de esos que ya no se usan.
Pero es una puerta que invita a pasar, a ser feliz,
 como tú.

V

-el suelo-

A veces el suelo no se necesita:
yo levito y paso de habitación en habitación,
procuro no dejar rastro y acudir sigilosa a la cita.
Tu cita.

Enrique Galindo

alma de toro

Ave María Purísima Sin pecado Concebida Padre, hace ya... Si, ya sé desde cuando no te confiesas, mayo del setenta, que yo mismo te di la comunión. Es todo un evento verte asomar por esta caja de secretos.

-Si padre. Yo... he cometido un pecado mortal. He matado.

-¿Tu? -los ojos del cura paseaban solos por fuera de la celosía-. Que no te confieses no requiere que seas un asesino. Además, todo el mundo conoce de tu bondad caritativa.

-Ya, padre; es la fama. Pero vengo a hablarle de otro tema. Yo..., yo mato, ¿sabe?

-Claro que lo sé, hijo; y buenas tardes nos das con tus faenas; a mí y a los feligreses que me visitan esas tardes, para compartir vino y corrida.

-Verá, es que he tomado conciencia de que no está bien -el intento de explicarse no lo tenía suficientemente claro.

-¡Anda, anda! Tu sigue alegrándonos las tarde y meriendas y no digas estu..., esto... ¡estornudeces! O, ¿no será que te refieres a un asesinato de los de verdad? -el clérigo daba saltitos en su asiento-. Eso sería imperdonable, incluso para ti.

-No, padre, eso no -el diestro bajó la cabeza-. Es lo que he meditado. Y todo gracias a usted, que en su sermón del domingo habló de las almas de los muertos, de los espíritus suicidas que pierden la luz guiadora de Dios y las de los asesinados flotando en el purgatorio acordándose de su verdugo y soñando con volver a por él.

-¿Eso dije?

-Y a mi me dio por pensar en que yo mato y en que los animales también tienen alma y los toros difuntos por mi estoque no me olvidan en su espera. Y estoy triste, y necesito confesión. ¡Perdóneme padre! Sólo usted me puede dar alivio.

-¡Anda, anda! Tú lo que tienes es una depre de esas de ahora; y será por otras cosas. Si quieres yo te absuelvo y sigues con tu vida, pero si abandonas te capó, ¡perdón Señor!

Francisco, hombre delgado, rostro chupado, conocido en el argot artístico como *Curro el de los Peines*, ingresó en este santo monasterio un día soleado del mes pasado. Quiso nuestro Señor su arrepentimiento y penitencia, aunque ignoramos el origen de su pecado. Grande debió ser para permanecer todo el santo día en absoluto silencio y oración, cabeza gacha y ojos teme-

rosos. Solo él y Dios lo saben y en este santificado lugar no somos interrogativos. Obedece en todo y preserva las reglas de la casa. Ruego al Señor por su alma y que su recogimiento sirva a sus incógnitos fines. Únicamente llama la atención de los hermanos su pregunta diaria en el yantar acerca del origen de la carne, cuando esta toca. En tales casos, si la respuesta fuera *buey o ternera*, retira con suavidad el plato y expresa con los ojos bajos:

-Hoy ofrezco mi ayuno al Señor.

el cazador de puestas de sol

Me embeben las explosiones tranquilas que suponen las luchas armónicas de rojos y azules elevándose en el horizonte. Las líneas en divergencia que cambian en segundos si no las observa y se congelan al seguirlas con la mirada. Mis cacerías arrecian en otoño. Cuando el calor declina y se combinan los días de lluvia y luz, preparo el bolso y cargo la cámara, sedienta de espectáculos de ocaso. Salgo pronto, pateo veredas y eriales del amplio horizonte manchego, uno de los que mejor permite el vislumbre de recreaciones lumínicas del sol poniente y su flirteo con nubes pudorosas. En estas incursiones rara vez encuentro otras almas que disfruten del éxtasis de lo divino.

Un día, maldito atardecer, coincidí con un señor de escopeta en espaldera disfrazado de camuflaje. Cruzados los primeros saludos y las explicaciones de nues-

tro hacer, sonrió con ironía antes de decir: *o sea, que tu eres uno de esos mariquitas que se marea con la sangre y se relame con la poesía esa de las nubes y las lunas, ¿no? Puestas de sol, puestas de sol, eso es para los que no tien na que hacer; y sin guevos para empuñar una como esta. Y con un gesto seco me puso las dos bocas de la escopeta en el pecho. Me despedí con el corazón tartamudeando. Quedó claro en mi cabeza que evitaría su presencia si volvía a ver su silueta. Mis salidas se volvieron temerosas de cruzarme con cualquier persona, y más si su perfil es hombre, de mediana edad, sólo, vestido de caqui; aunque esto es difícil de precisar si está anocheciendo. Si oigo un estampido me paralizó; el individuo me dejó marca. No comprendo como puede haber sujetos por ahí y más cuando la belleza del cielo nos regala su esplendor coloreado.*

Diez días tras el encuentro a olvidar, me hallaba enfocando una bandada de cigüeñas que cruzaban un fondo de ocre y naranjas cuando escuché el tiro. Me sobresalté con las cigüeñas. Ellas huyeron, pero yo caí derribando el trípode. Mi mano contenía sangre de la que emergía del pecho. Dolía. Antes de cerrar los ojos, vi la figura del verdugo acercándose. Entre sueños le oí decir *vaya pieza hemos cobrado hoy, si es el cazador cazado. Puestas de sol, puestas de sol, ¡vaya mierda! Eso es pa los que no tien otra cosa que hacer.*

Alguien me tuvo que encontrar pues estoy en el hospital. A través de la ventana distingo un cielo detrás de la tormenta y el sol se esconde estallando detrás de las nubes. No tengo cámara.

el hombre a oscuras

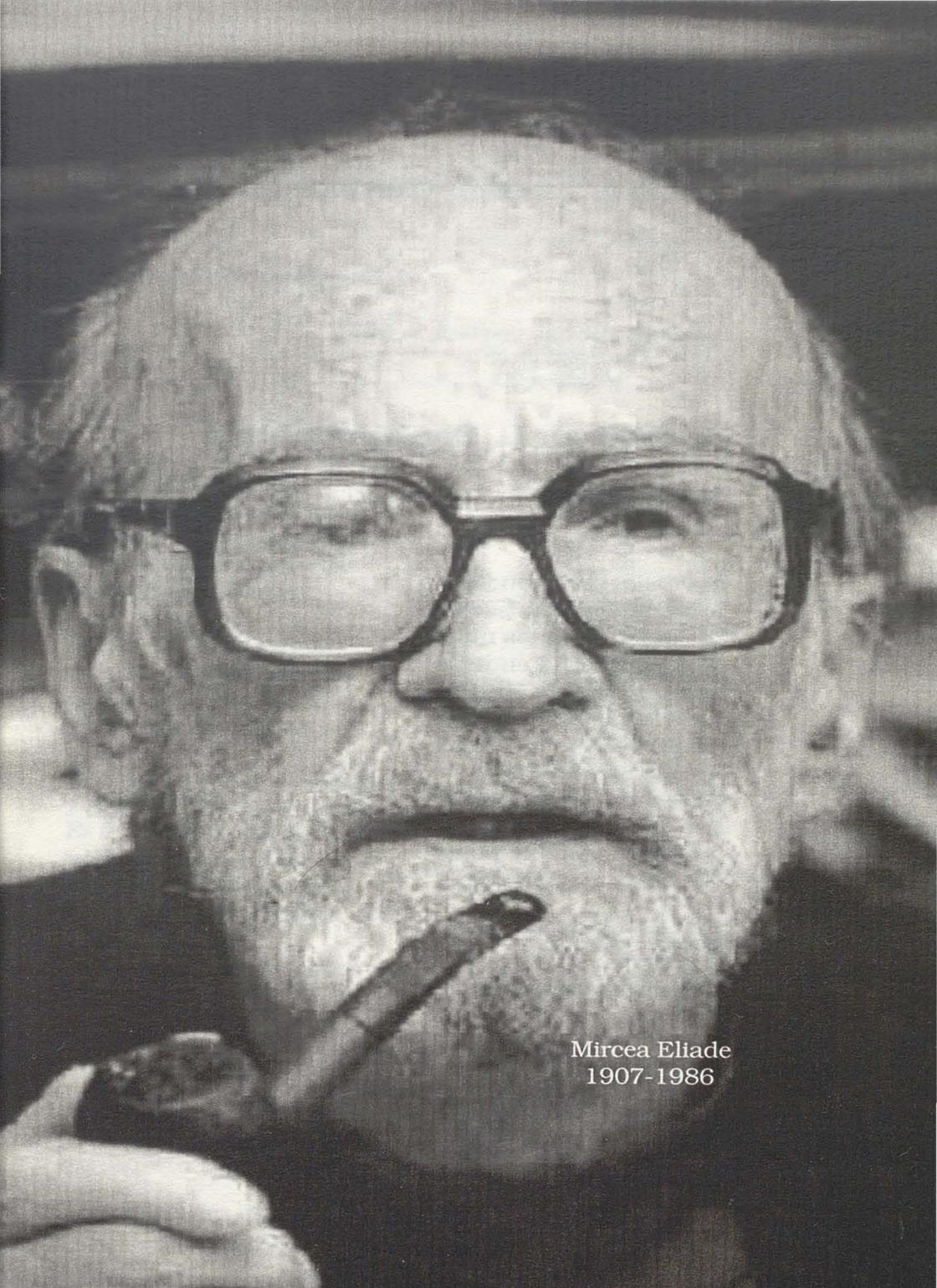
A mi paso se apagan las farolas, y vuelven a la luz cuando he pasado. Nunca antes me ocupó, ni preocupó, mi Chip de Identidad. Tal vez sea, como considera el Gobierno Universal, la forma más eficiente de gestionar una sociedad segura, pero deambular a oscuras por el puerto cuando otros paseantes lo hacen con iluminación, tiene morbo. Serían las 7 de la tarde; abril. Mi reloj-comunicador iniciaba el suave pitido gubernamental para las lecturas urgentes. El mensaje se deslizaba en letras rojas sobre fondo neutro: *Aviso al ciudadano Mariosma, o sea, yo, su tasa de iluminación individual no ha sido abonada. En dos horas se procederá al apagón personal.* Ya preveía el comunicado. Hace unos días tomé la decisión de unirme a los objetores de energía. Me tocaba esperar. De entrada tendría la tortura del aviso administrativo con sonido increschendo cada cinco minutos, sin opción a desconectarlo. Después...

Se apagó el comunicador a las 21:01 horas. Treinta segundos antes comenzó a emitir un aullido de lobo hambriento que llamó la atención de los que me rodeaban en esos momentos. Con el reloj perdí la temperatura, el día, la orientación vía satélite, fotos, recuerdos sonoros de familia y la hora. *Sobreviviré*, me dije. Seguí mi paseo anochecido y comprobé los primeros efectos. Los sensores urbanos no detectaban el chip, ese que nos implantan al nacer tras la oreja izquierda, ya que cada farola me negó su luz al acercarme. El modo de

engañarlas consistía en andar pisando los talones de otros transeúntes que cumplían con las ordenanzas y no se les apagaban; pero éstos siempre llevaban otro camino diferente al mío. Si me acercaba a un Indicador Vial a ver mi ruta, este se volvía gris.

Aproveché que otros ciudadanos miraban escaparates para verlos yo también. Una pareja comentaba las ventajas de comprar una cama de viento como la que observé aprovechándome de ellos, pero cuando dieron dos pasos para fijarse en la mesita, quedé sin iluminación, solo, ante la cama. *¡Me niegan hasta el capricho inocente de ver escaparates!* Me imagino un *alter ego* mirando desde la azotea: seguiría mi ruta en las marcas sin luz que se deslizaban por la avenida alumbrada.

Como el apagón es sólo energético y no económico, dispongo de dinero, sin embargo no se abren las puertas de los bancos, lo cual no es problema de día, ahora qué, los cajeros de noche no son accesibles. Subo a casa a cenar, sin capital. A oscuras veo el frigorífico desconectado, descongelándose. Saco una caja de plástico de patatas con cordero y la pongo en el Microondas Express. Espero tres segundos, más que suficiente, y la extraigo de nuevo; sin cocinar. Me quedo sin cena. Tampoco puedo activar la microcomputadora de mesa. Tendré que ir personalmente ¡y andando! Esperaré que alguien cruce la puerta del Instituto de Morosos para pagar la Tasa, con su correspondiente recargo del 200%, mientras los bufones contratados al efecto se ríen de mí.



Mircea Eliade
1907-1986

Antonio J. L. Contreras Lerín

A ese parque

Si con lágrimas pudiera
lo que no pueden saciar
ni las brisas ni las nubes.
Si con lágrimas pudiera
cerrar yo tus cicatrices,
y abrir todas tus fuentes,
y cubrir todas tus rosas
de rocíos y matices.

Si con lágrimas pudiera
perfumar todas tus flores,
y pintar todas tus hojas
de abril y primaveras.

Si con lágrimas pudiera...,
es posible, muy posible,
que otro parque parecieras.

Romance sobre los años

*«Vivir es, finalmente, un duro encuentro
en un lugar vacío.»*

(César Simón)

El transcurrir de su vida
en un libro señalaba;
cada página era un año,
y cuando el año acababa,
con su mano temblorosa
la señal adelantaba.

La señal era un pétalo
de una rosa perfumada;
el rosal perdió una rosa
y el pétalo su galana.

Fueron pasando las horas
y muchas posturas vanas.
El final siempre era el mismo:
una página que pasa,
el pétalo entre sus dedos,
y la señal que adelanta.

Fueron pasando los años
en su leve vida y su alma;

el pétalo se oscurecía,
las arrugas la amargaban,

y el libro mucho más cerca
de sus manos y su daga.

Llegó al final de su vida,
el libro ya se acababa;
era una noche lóbrega,
una umbría con gran helada;
ella se sentía muy sola,
ya páginas no quedaban.
¿Dónde colocar la señal
de una vida ya acabada?
El libro se cayó al suelo,
cogió el pétalo que ajaba,
y de manera apacible,
con una decisión clara,
acercó el caro pétalo
a sus labios que temblaban;
y ella, con una sonrisa,
besó al pétalo que amara.

Pues la vida es sólo eso:
unas páginas de esperanzas,
unos sueños de quimeras
y unas rosas agostadas

Lola López Díaz

Los ojos. Una historia antigua

Los ojos. Otra vez los ojos. No le escocían. Ni se le ponían colorados como cuando la trilla. Por eso no la creían. Pensaban que era mentira. Que era una disculpa. Que no quería trabajar. Pero cada vez que los cerraba eran como si les pasara un arado por encima. Como el cauce del Cañamares los años de la seca. Así sentía Eulalia sus ojos. Como tierra reseca y rota. Por eso no le salía bien la labor. ¡A ella! ¡la moza que mejor bordaba del pueblo! Y todo por culpa de los ojos. Que le ardían. Y que no aguantaban la cercanía del candil. Cosía casi sin luz. Sin ver apenas. Era imposible. Pero todos pensaban que lo hacía a propósito. Que tenía envidia. Que lo que le pasaba era que tenía envidia. De su hermana Andresa. Que se iba a casar.

Se oyó un ruido en el corral. Dejaron todas de coser. Eulalia se levantó, cogió el candil y fue a ver. Andaban los tiempos revueltos. Robos y más robos. Cuando no era una mula era un borrico. Y siempre en

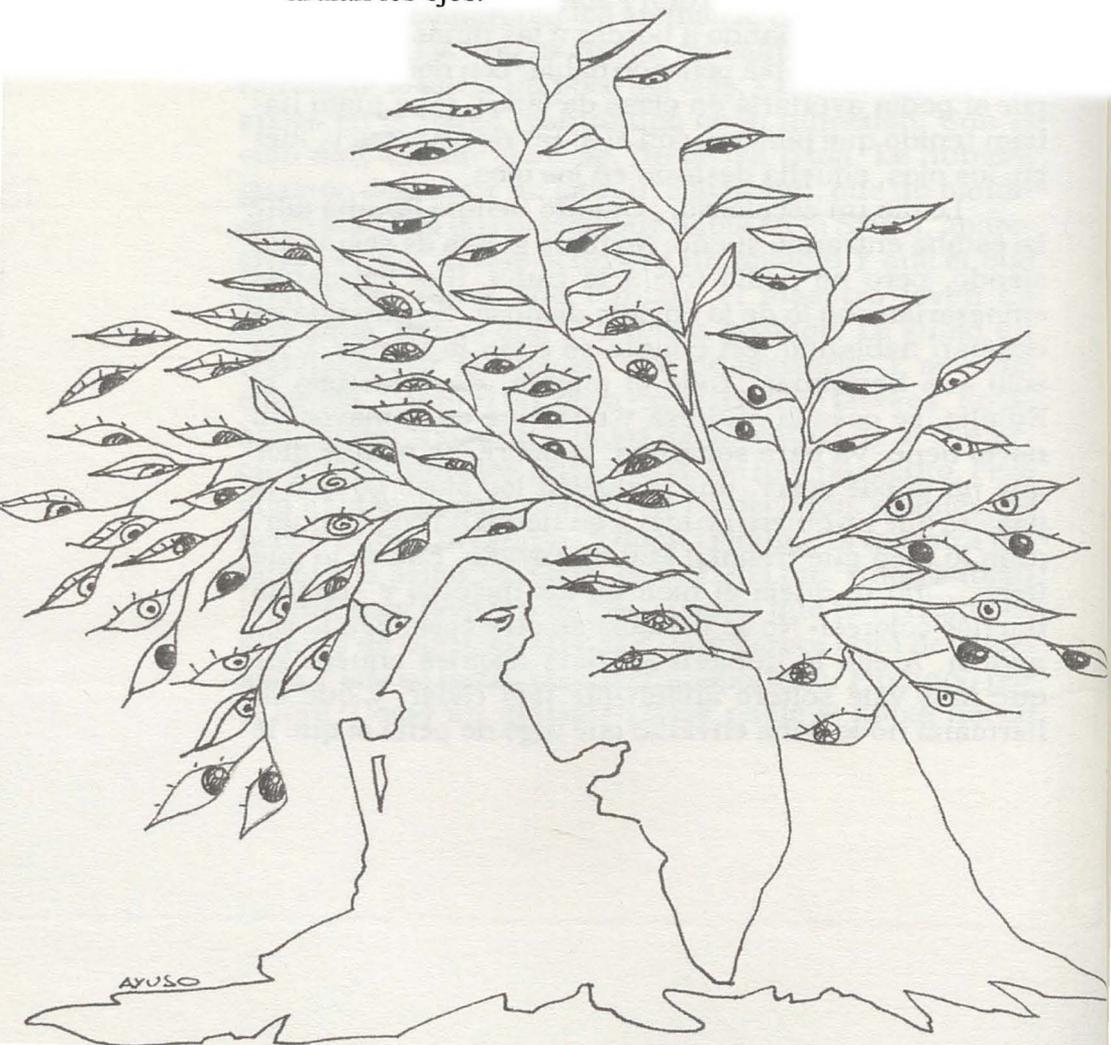
la oscuridad. Cuando la gente dormía. Habían entrado en varias casas. Y raro era el día que no se hablaba de algún sucedido en los pueblos de alrededor. Por eso habían decidido quedarse levantadas. Las mujeres. Las mozas sobre todo. Aprovechaban para hacerse el ajuar. Así se había hecho ella el suyo. De noche. Y ahora estaban con el de Andresa. Sólo que Andresa se iba a casar. Por eso andaban tan afanadas.

Fue a comprobar los animales. Estaban todos. En calma. La casa entera estaba en calma. Salió al patio. El relente le alivió un poco los ojos. Colgó el candil y se apoyó en la pared disfrutando de la humedad. Con el oído muy atento. Pero no. No se oía nada. Le hubiera gustado descubrir un ladrón, o más aún, que un bandido de aquellos que decían que había en la Sierra, apareciera por allí. O que ocurriera un milagro. Y que el que apareciera fuera don Fabián, el maestro joven de Jadraque. Eso sí que le hubiera gustado. Le subió un repeluzno por la espalda sólo de pensarlo. Y se puso colorada. Como el día de la exposición de labores. Estaban las autoridades. Y todos los maestros de la comarca. Y había trabajos primorosos. De mucho mérito. Pero don Fabián se paró delante de su dechado. «¿Quién ha hecho esto?», preguntó. Y doña Obdulia, la maestra del pueblo, la llamó; «Eulalia, ven». Y ella fue. Y don Fabián la miró muy dentro y le dijo: «¿sabes que tu dechado es distinto de todos los demás? ¿que parece obra de ángeles?» Y ella se había sentido transportada. Flotando por el aire. Como un milano. Nunca nadie le había hecho

sentirse así. Nunca nadie la había mirado así. Los mozos del pueblo no miraban así, Ni decían cosas como aquellas. No le gustaban los mozos del pueblo. Le gustaban los hombres como don Fabián. Por eso no se casaba. No porque fuera más fea que Andresa -que no lo era-; ni tampoco porque le hubiera faltado quien la quisiera cortejar -que no le había faltado. Sino porque ella quería un hombre como don Fabián y poder trabajar en una escuela enseñando a bordar a las niñas. Eso era lo que ella quería. Había pensado hablar con doña Obdulia, por si podía ayudarla en clase de labor, pero justo habían tenido que ponerse con el ajuar de Andresa y, luego, los ojos, aquella desazón en los ojos.

Le dio un escalofrío. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Le estaba entrando sueño. No tenía ganas de seguir cosiendo, pero no podía irse a la cama. Sus hermanas empezaban con lo de la envidia dichosa. Seguro que ya estaban hablando. En cuanto se daba la vuelta. Y no sólo sus hermanas. Todo el pueblo. «Qué lastima la Eulalia, se casa la Andresa y ella, que es la mayor, ni novio tiene. Va para solterona, la pobre. ¿Y no que dice que no puede coser, que le duelen los ojos? Lo que le pasa es que no quiere ayudar a su hermana con el ajuar. ¡Con lo bien que trabaja! Mal de envidia. Eso es lo que tiene... ¡no te duela el bien de los mejores y echarás buenos colores!» No se hablaba de otra cosa. Era la comidilla. A ella le hubiera gustado decirles aquello de que más vale soltero andar que mal casar; y que su hermana no le daba envidia; que algo de pena sí que le

daba, pero envidia no; y que ella quería otra cosa, que esperaba algo mejor. Pero no decía nada, ¿para qué? Nadie la iba a creer. Así que se callaba. Y cosía. Lo mejor que podía. A pesar de los ojos. Y del candil. Y del sueño. Y de las ganas de irse a Jadraque. Para que no dijeran. Cosía. Sin luz apenas. Casi sin ver. Lo mejor que podía. Para que no dijeran. A pesar de los ojos. Le ardían los ojos.



Vanessa Jiménez García

a ti, pajarito

Carta de diciembre

Amor: esta mañana fue desconocida,
paseé temprano por la tierra
hollando las ojerás de la lluvia.
Había lagartijas diminutas
y yo me sentí muerta,
difunta de algún modo.
Escuchaba los pasos,
y paraba,
¡cómo pensaban en tu cuerpo mis alcores!,
y me sobresaltó de pronto
como el ruido o la sombra de algo dicho...
Porque hoy descubrí cuán viejo eres,
cómo te conocía en siglos de antes,



cuando no éramos
más que muertos
añorando ser llamados,
convocados por la luz
al otro lado del espejo,
de este espejo converso que es el mundo...
Amortajada,
en mi sudario que aún olía a madreSelva,
la osamenta lustraba su destino en ti...
Sabía ya,
oráculo indecente,
de la máscara,
la piel y ese hueco miserable,
grandioso solo
por el fin sagrado que albergaba:
La cuenca recibe al ojo,
el ojo al milagro: la mirada de mirarte.

¿Imaginas como huele mi gardenia?
Me mira y es una fecha blanca,
la de mi resurrección al borde tu nombre...

Nina Simone te canta dulcemente,
a mí me canta cada objeto
con una voz distinta
aterradora,
como un suicida de vicio insobornable.
Y tú

ahora mismo
has de estar muy cerca,
en un país,
astuto, cavilando...
Y piensas en algo,
pájaro, nube, cualquier cosa
en algo informe...

Algo blanco e ignorado
que súbitamente un día
los ángeles transformarán en mí.

El dormido

Insomne yo pensando en los que duermen,
cálidos, arrullados por la sombra,
ovillados, en sí, tan dentro de ellos.
Te veo a ti como un niño,
diminuto bajo el peso de una madre blanca,
borracha que orina miserias luminosas.
Protegiendo algo
Entre los dedos hay palomas?
Habrá hombres cantando a las sirenas?
Que pudiera encontrar,
si meto un puño
duro y angustiado
al fondo de tu alma
y revelo todo:

Imagino una flor rara, muda entre caballos,
un ceño fruncido de alhelies,
una guitarra,
a dios mirando tras tu pupila,

mi cuerpo
nimbado de azulejos, distorsión de mi carne
y mi cintura
alejándose en tu barca
clamando, con un pañuelo sucio,
por tu boca.

Tu vacío

Algunas veces son todas

trémulas serpientes esperando a morder

Algunas veces

era la eternidad con su camisa blanca
y su boca amarilla
consumida en mis huecos,
en la multiplicación de mis huecos

eran todas las veces

¿Qué habrá sido de ti,
pequeño danzante de mis infiernos?

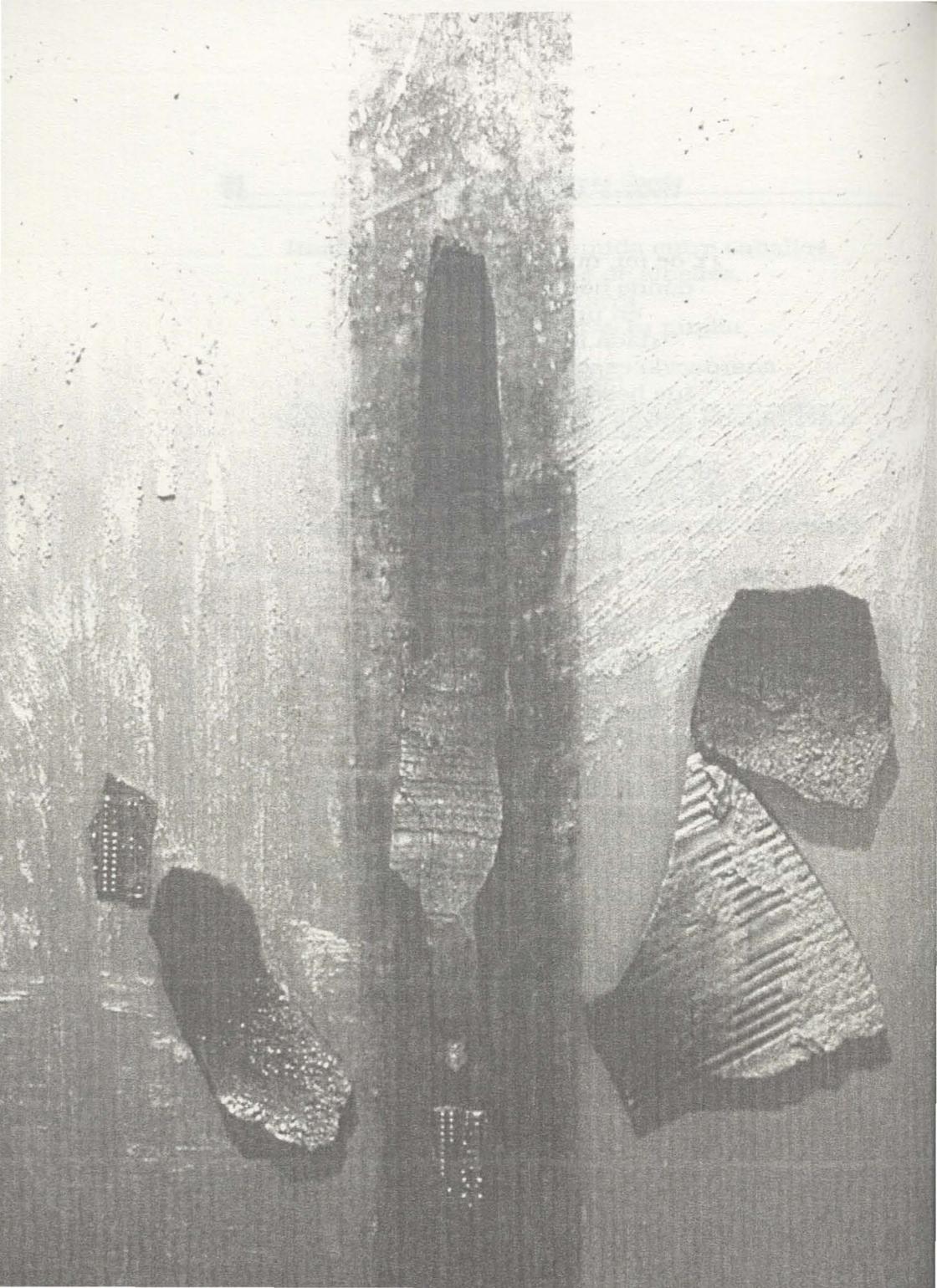
¿Y de mí, qué habrá sido,
dónde habré llegado,
en un lugar,
dada la vuelta,
enardecida esperando como lluvia
tus besos en los ojos
o acribillada quizás por el humo de los astros?

dadme de beber ceguera,
tú u otro, cualquiera que tenga piel,
dadme de ver amargas melodías que no existan,
dadme brasas y sangre.
todo lo que hiera pero sea cálido

tengo los cristales en mi vientre,
y un niño que no nace,
y su grito que me anega los oídos,
pidiendo una vida
que mi vida mísera no acoge,

suplicantes
somos hijos de las negaciones del mundo

NO redondo, masacrando todas, todas las flores ,
NO en el origen, NO en la agonía,
NO,
y NO,
maldita marioneta.



Marisa Morata Hurtado

Ruido. Tres días de ruido insoportable. Y esta hoja en blanco no es más que otro intento de librarme de él. Nadie sabe de dónde viene, pero ya son tres días. Buscamos dentro de los armarios y nos leemos los labios para decir: «De aquí tampoco viene, no.» y luego salimos al jardín o ponemos el oído en la ventana y nada, igual de insistente, igual de inútil, nadie lo encuentra. Miro a mi alrededor con los ojos abiertos como bocas y me paro en todos los rincones. He pasado el índice erguido por todas las esquinas.

El primer día puse música, mucha música, más fuerte que él, y la acerqué a mis oídos tanto que casi me dolían las mandíbulas. Y estuve yo también cantando y encontré dificultades para oír mi propia voz. A ráfagas me venía, entre el ruido y la música, pero no. No puede tardar en irse, es imposible. Todos luchamos un poco contra él, contra la locura, a nuestra manera. Yo, por ejemplo, pienso en voz alta o escribo en las paredes mientras busco de dónde puede venir.

De repente, llegó. Sí, fue así. De repente. Yo estaba mirando el mecerse vago de Andrea sobre la mece-

dora. Leía al lado de la ventana y se movía intermitentemente. Entonces llegó. Y yo grité, al principio, del susto. Y ella me miró sonriendo. Le tuve que gritar muchas veces para que entendiera por qué me había asustado. Al final, lo entendió. Y ella también se asustó. Comenzamos a buscarlo. Yo pasaba el dedo por las paredes con el oído pegado a los tabiques y ella enredaba el suyo en mi pelo, en mis dientes, mis orejas, y miraba dentro guiñando un ojo para ver mejor. Nos gritamos mucho, aunque sin gritos, sin dolor, sin odio. Sólo nos gritamos, más bien grité, abriendo mucho las bocas, la boca.

Ella descansa mejor que yo. Yo el primer día no pude dormir. Salí, incluso, con la escopeta a mirar en el jardín. Era una escopeta vieja e inofensiva, pero estaba desesperado. Y paseé mucho y miré mis pies pisando las hojas secas y supe que ya nunca más oiría mis pasos. Al menos no mientras durara el ruido. Me fui a llorar sobre la piscina. La piscina lleva años sin agua. Sólo agujas del pino que le hace sombra, tantas que los dos metros de profundidad que tiene están totalmente cubiertos, tanto que puede caminar sobre ella, y se puede pisar firme sobre hojas y escombros sin miedo a caer. Me fui a llorar allí, debajo del ruido, y pasé la noche sobre la sequedad de las hojas y todo lo demás, que picaban en el cuerpo y la ropa como alfileres. Seguía sin oír mis pasos. Ni mi llanto. Seguí llorando mientras comprendía que el sueño no podría ganarme así. Vi cómo amanecía, y vi los pájaros, y vi que todo seguía igual.

El ruido. A veces me tapaba los oídos y agitaba la cabeza para ver si caía por la nariz o por la boca. Pero no. Entré a la casa y busqué a Andrea. Grité su nombre en mitad de todos los pasillos. Salió llorando, ella también, de nuestro cuarto, y me acarició la cabeza, y supe que me preguntaba dónde había estado, lo supe por cómo movía los labios. Ella no gritaba. Andrea nunca grita. Y lloré de nuevo, al saber que ya tampoco escucharía su voz. Así que fuimos juntos a la cama, me llevaba de la mano y me hacía caricias lentas, calladas, y por un segundo me pareció que se oían más allá del ruido, pero fue tan breve que no sé si fue. Así que caímos al colchón, derrumbados, y ella se quitó los zapatos y se enganchó a mis piernas para morderme un poco la camisa, a la altura del pecho, y dejarla luego llena de saliva estéril y cruzó un pájaro la ventana y quedó mirándonos sobre la barandilla y me acariciaron un poco la cabeza sus alas, al otro lado del cristal, porque Andrea, de nuevo, tenía sus dedos entre mi pelo.

Ese día ni siquiera lo intenté con la música. Mi cabeza estaba llena. Andrea y yo lo pasamos sobre la cama, me besaba las lágrimas, yo le besaba las suyas y me parecía increíble que existieran besos callados, besos sin ruido. Me dio la sensación de que ni siquiera podía olerla. El ruido tampoco me dejaba. Ruido es una palabra que suena tanto, que la dije después de llenarme el pecho de aire. Y nada. Nada nuevo. Lo mismo.

El sueño puede con muchas cosas, incluso con eso, pero soñé con un ruido incesante, soñé que iba

dando vueltas por la casa y llamaba a Andrea y no podía escuchar mi propia voz. Dejé de soñar y desperté sudando un poco y me toqué fuerte el pecho porque no me oía, tampoco fuera del sueño. Me pegué al pecho de Andrea, que miraba la lámpara apagada con los ojos muy rojos, y quise escuchar sus latidos. A ratos, algo temblaba en mi oreja, y el ruido se tambaleaba por un instante. Le sonreí y ella siguió tocándome el pelo, triste. Entonces me sentí fuerte y volví a buscarlo. Empecé por el salón. Miré debajo de la mesa y en cada una de las sillas. Después sobre, bajo la radio. La desenchufé. Quité todo lo que ocupaba los enchufes y descolgué los cuadros. Andrea me miraba bajo el marco de la puerta. Le dije, gritando mucho, que no se preocupara, que confiara en mí. Ella lloró de nuevo. Fue cuando empecé con las paredes. Pasé la mano por todas ellas y no noté nada extraño. Pegué mi oído a todos los tabiques y seguí sin encontrar el ruido. Entonces Andrea se acercó y puso su oído en mi pecho, y después en mi cabeza y después bajó hasta mis piernas, con la oreja pegada a mi cuerpo, y con su dedo me tocó un poco la cabeza y me miró llorando y me dijo que abriera la boca, moviendo la suya. Y buscó con un ojo abierto y otro cerrado. Y luego miró a través de mis oídos, miró desesperadamente, mientras yo seguía mirando muy de cerca todas las paredes y el agujerito que hicimos una vez para colgar un cuadro. Miré a través del agujero mientras ella miraba a través de mis oídos. Me encogí de hombros. Me sentía con fuerzas para vencerlo.

El jardín era demasiado grande para encontrarlo allí y, además, me recordaba a la noche anterior, así que me senté en la mecedora, junto a la ventana, y miré cómo se iba haciendo de noche: «Mañana seguiremos.» le dije a Andrea, que me miraba bajo el marco de la puerta sin decir nada. Seguía triste. No sé cómo conseguí dormir, quizá por cómo Andrea me estuvo tocando el pelo durante toda la noche y moviendo muy lenta la mecedora. Quería escuchar el ir y venir de la madera, sí. Pero no podía, aunque a ratos, en mi cabeza, lograba imaginármelo y sabía que esa era la única forma de acabar con el ruido. Cuando lo supe, me deshice de la escopeta. La enterré bajo las hojas de la piscina en cuanto amaneció y me di cuenta de que, entre agujas y hojas muertas habían nacido algunos tallos verdes con flores amarillas. Por probar, pegué la oreja a sus pétalos y supe que de allí tampoco venía. Por si acaso, por desesperación, me las metí todas a la boca y las escupí tan lejos como pude. La boca me quedó amarga, supongo, pero el ruido no me dejaba sentir. Así que empecé a pensar que Andrea y yo podríamos vivir bajo tierra, quizá las raíces de las flores no oyeran nada.

Era la mejor idea. Se la dije a gritos y ella me tapaba la boca y seguía llorando, mirándome desde un poco lejos, cada vez más, cada vez menos se acercaba a tocarme el pelo y la cabeza. Eso me desanimó. Me hizo pensar que quizá mi idea no era buena, pero por si acaso, aunque me puse triste, empecé a cavar en el jardín. Hondo, cada vez más, más hondo. A ratos el ruido me

dejaba un poco inconsciente, en un estado extraño, diferente a todos los que he conocido antes, pero conseguí un metro cuadrado de terreno hondo y mío, sólo mío.

A pesar de todo, cuando estuve dentro y quise cubrirme de tierra, de nuevo, comprendí que todo seguía sonando igual. Andrea escarbaba con las uñas alrededor de mi guarida y yo le decía a gritos que no se pusiera así, que haría otra para ella. Pero no me oía, o no quería que hiciera otra, porque siguió llenándose las uñas de tierra y metió sus brazos en mi agujero para que saliera junto a ella. Con un poco de trabajo, lo logramos. Lloré abrazado a ella, ahora no recuerdo bien por qué, pero lloré, lloramos.

Luego ha venido un señor y me ha acompañado a la cama, yo le he gritado mucho, y él entendía que no era por enfado, porque también me tocaba la nuca lentamente, con la mano tibia, supongo, pero el ruido no me dejó notarla del todo.

Hemos llegado al cuarto y Andrea se ha sentado sobre la cama y nadie ha hablado, sólo yo gritaba cosas de vez en cuando. Me han dado la hoja en blanco y se han marchado, y aunque no hayan dicho nada, sé que él es el encargado de llevarse el ruido poco a poco, muy poco a poco. Y los grillos y las máquinas y los pasos volverán a sonar. Lo sé porque se ha parado un pájaro, de nuevo, en la barandilla y desde aquí, desde tan lejos, me ha temblado un poco su pecho en todo mi cuerpo. Y es así como he de vencer al ruido, lo sé.

Febrero/2007.

Magdalena Castaños Fontirroig

*«En el principio era el Verbo.
El Verbo estaba en Dios, y el
Verbo era Dios»
S. Juan. Evang. I-I.*

La Creación

Del cosmos no existía ni un vestigio...
no estaba ni siquiera en el proyecto
y arribó en un éxtasis perfecto
El Verbo, amaneciendo el gran prodigio

La nada era el silencio y el vacío...
La palabra de Dios rompió la nada.
Llegó llena de amor en la alborada
disolviendo la noche entre el rocío.

Sólo la voz divina resonaba
difundiendo infinita melodía.
El caos se tradujo en armonía.
La Palabra de Dios edificaba...

¡Jamás cierres tus labios con silencio
por más que merezcamos tu desprecio...!

No sólo de pan...

No sellaré mis labios con silencio;
pues me piden palabras mensajeras
esos niños clamando en las aceras
cuya hambre de ensueños yo presencio.

Y buscaré vocablos de armonía
impregnados de luz de las estrellas,
y esos niños oirán historias bellas
que sean misteriosa melodía,

de brujas con princesa embrujada,
de enanitos y príncipes valientes
triunfantes de dragones y serpientes
salvando a su cautiva enamorada.

Y lanzaremos globos de colores
celebrando con danzas sus amores.



Manuel González

El moca de don Andrés

De pequeño miraba embobado cómo mi padre iba y venía tras el mostrador, multiplicándose como un héroe de cómic para atender a los clientes de la barra y a la vez servir los pedidos del camarero: «¡Tres con leche claritos, un cortado, bocadillo de jamón, cubalibre de ron y ración de patatas!». Empecé ayudando con los bocadillos, y a los 15 años ya trabajaba en el bar durante las vacaciones, casi como uno más.

Fue en el mes de julio, a la hora del café. En ese momento del día el objeto de mi admiración era la prodigiosa memoria de Lucindo, el más veterano de los camareros. Conocía los gustos del medio centenar de clientes que se acercaban a jugar a las cartas o al dominó. A partir de las dos y media Lucindo oteaba la calle a través del ventanal, y en cuanto veía asomar al cliente por la esquina pedía en la barra lo que acostumbraba a tomar.

En el mes de julio solía veranear en el pueblo don Andrés, un notario ourensano jubilado. Jugaba al do-

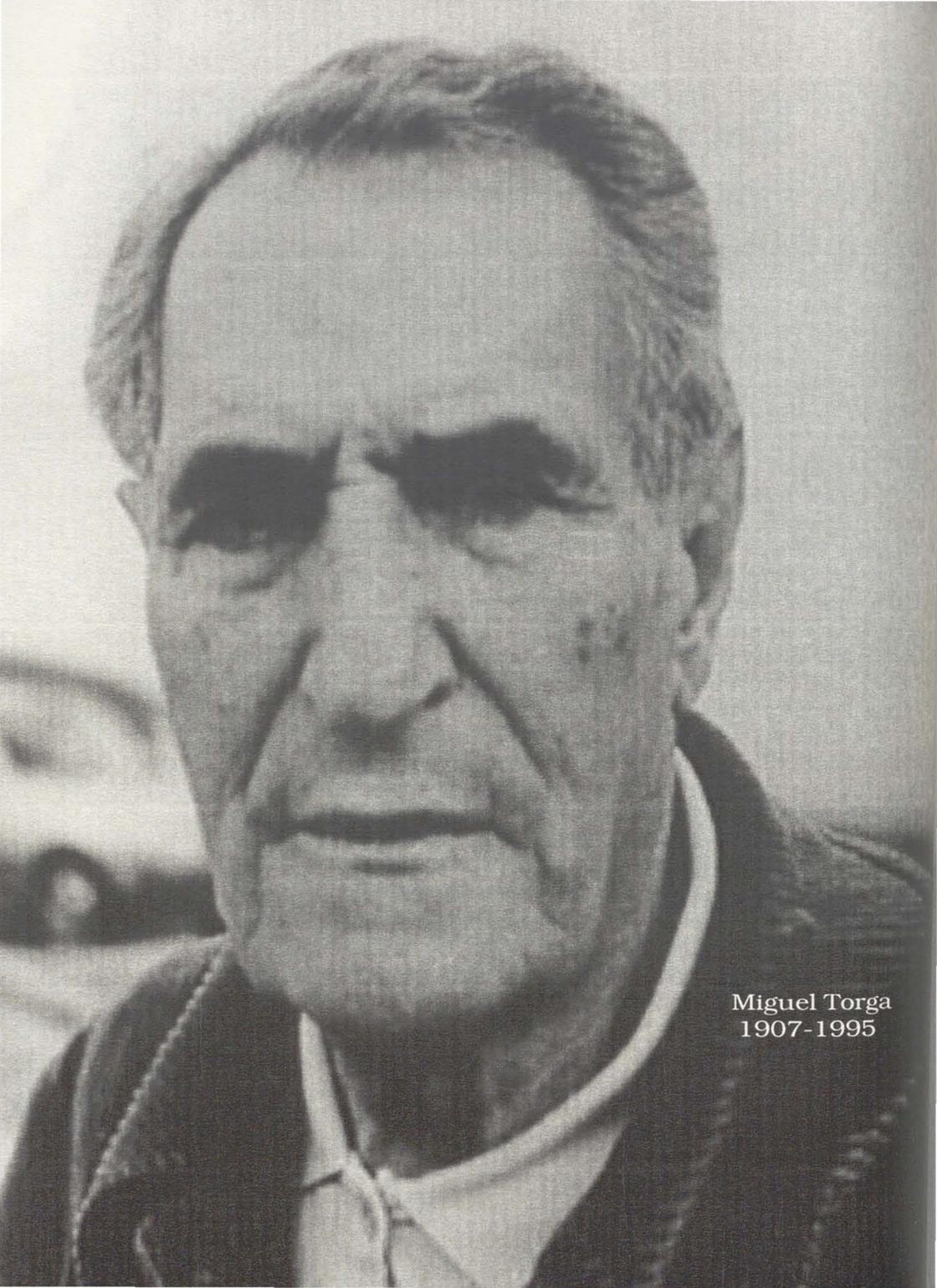
minó con gran habilidad, así que estaba muy solicitado como pareja de juego. La estima que le tenían sus compañeros contrastaba con el odio que secretamente le guardaba yo. Era una de esas personas melindrosas para las que nunca nada está bien hecho. Tomaba café moca, que en nuestro lenguaje quería decir sin achicoria. Cuando Lucindo pedía un solo moca yo ya sabía que iba entrar don Andrés, e inmediatamente notaba un vacío en el estómago que anunciaba el desastre. Con un temor intenso, cogía la lata en la que guardábamos el café molido y preparaba con esmero de madre el moca de don Andrés. Yo siempre hacía los preparativos con la esperanza de que tan siquiera una vez, una sola vez al menos, aquel hombre se tomaría su consumición sin hacer comentarios hirientes. Pero era en vano. Desde el asiento, con un trueno de voz, día tras día lanzaba al aire una pieza de su repertorio para martirizarme: «Chaval, esto no hay quien se lo trague, hazme otro»; «¿Pero qué le echas para que sepa a humedad? No tienes ni idea, chaval, ni puta idea; anda, hazme otro, que no aprenderás nunca».

Fue en 1970. Aunque nunca me lo explicó con palabras, aprendí de mi padre a ser amable en el trato, pero no servil. A las dos y media de la tarde del día seis, antes de hacer mi turno tras la barra, yo había pasado ya por el instituto a recoger las notas: tres suspensos, uno de ellos en Matemáticas. No dije nada en casa, no porque fuesen a reñirme, sino porque contarle significaba reconocerlo, y mi ánimo no estaba preparado aún

para tal cosa. Después de comer, en silencio y de malhumor, me fui a relevar a mi padre. Sin saber cómo, al entrar en el mostrador uno de mis pies golpeó con fuerza la caja de cartón donde se guardaban algunos productos de limpieza y el insecticida para las cucarachas. El suelo se convirtió de súbito en una laguna verde salpicada de nieve. Me puse a limpiarlo a la vez que atendía como podía los primeros encargos de los clientes que llegaban para jugar partida.

Casi había acabado de arreglar aquel pequeño desastre cuando llegó, alta y clara, la voz de Lucindo: «¡Solo moca!». Lo que me faltaba. Preparé el café de don Andrés con menos cuidado que nunca y en un santiamén. Esta vez, el viejo notario, barruntado mi descuido, se levantó de la silla, vino hasta el mostrador y me dijo en voz baja: «Eres un cabrón, igual que tu padre; si no me haces un café como es debido os meto una denuncia por vender tabaco de contrabando».

Cuando volvió a su lugar en la mesa, yo todavía miraba al suelo con la cara ardiendo. Entonces vi el paquete de insecticida, aún abierto. Sin pensarlo más, preparé otro café para don Andrés. Lucindo se lo llevó y él, concentrado en que no le ahorcaran el seis doble, se lo tomó de un trago sin un gesto de protesta. Todavía tuvo tiempo de ganar la partida y de recibir algunas felicitaciones, pero aquel fue su último moca. Lo que sucedió después conmigo poco importa, pero si alguien tuviera interés en saberlo no tiene más que acudir a las hemerotecas.



Miguel Torga
1907-1995



Martín Lucía

*Re-Visiones:
el vientre y las cosas*

A Tere

Manos (I)

Sostenida en mis manos,
porque allí dejé mi memoria.

Te recuerdo en mis manos,
mis manos breves,
que contigo fueron mares,
grandes avenidas...
Nada pudo con ellas.

En la memoria de mis manos*
estás sostenida.

Los ojos olvidan,
la cabeza olvida,
la sangre olvida,
pero las manos,
los dedos,
aquellos dedos que cayeron
en cada uno de los huecos
que supieron hallar,
que supiste mostrarles,
éstos, éstos no olvidan.

Son pura memoria.
Y te sostienen,
y te recrean en mi propio cuerpo
imitando cada hueco,
repasando enseñanzas,
apaciguando vicios,
supliendo palabras,
negando heridas...
teniéndote así en su fiel memoria
sostenida.

*Tomado del título *La memoria en las manos*,
Largo lamento, 1975 , P. Salinas

Manos (y II)

Traía agua en sus manos.
Otras veces,
un pájaro blanco.
O un poco de aire.
O lo que fuera.
Un día, sus manos,
mar en calma,
no trajeron nada.
No quiso mostrármelas:
no entendía que a mí
no me daba la vida
ni el agua,
ni los pájaros,
ni el aire
ni nada que ellas trajeran.
Me la daba sus manos,
las manos de sus manos,
las manos de ella.

El nombre de las cosas

Viniste
y pegado a tu cuerpo trajiste,
me trajiste,
el nombre de todas las cosas.

Biografía (XI)

Anochece.
O, más bien, el día abandona,
cesa.
Si en esta nueva noche
mi mano no te encuentra
hallaré en ella mil hombres,
todos adjetivados con mi nombre,
todos gritando soledad.

Biografía (IV)

Pese a todo, amanece.
Y, en lugar de caer sobre mí la mañana,
cae todo lo que acompaña a tu nombre.
Y, así, es difícil olvidarte.

El bosque de las luciérnagas

El alba me destrozó los párpados.
Después aclaró mis pupilas
y te puso en ellas.

Abrí tus piernas
y salieron luciérnagas.
Abrí tu pecho
y salieron luciérnagas.

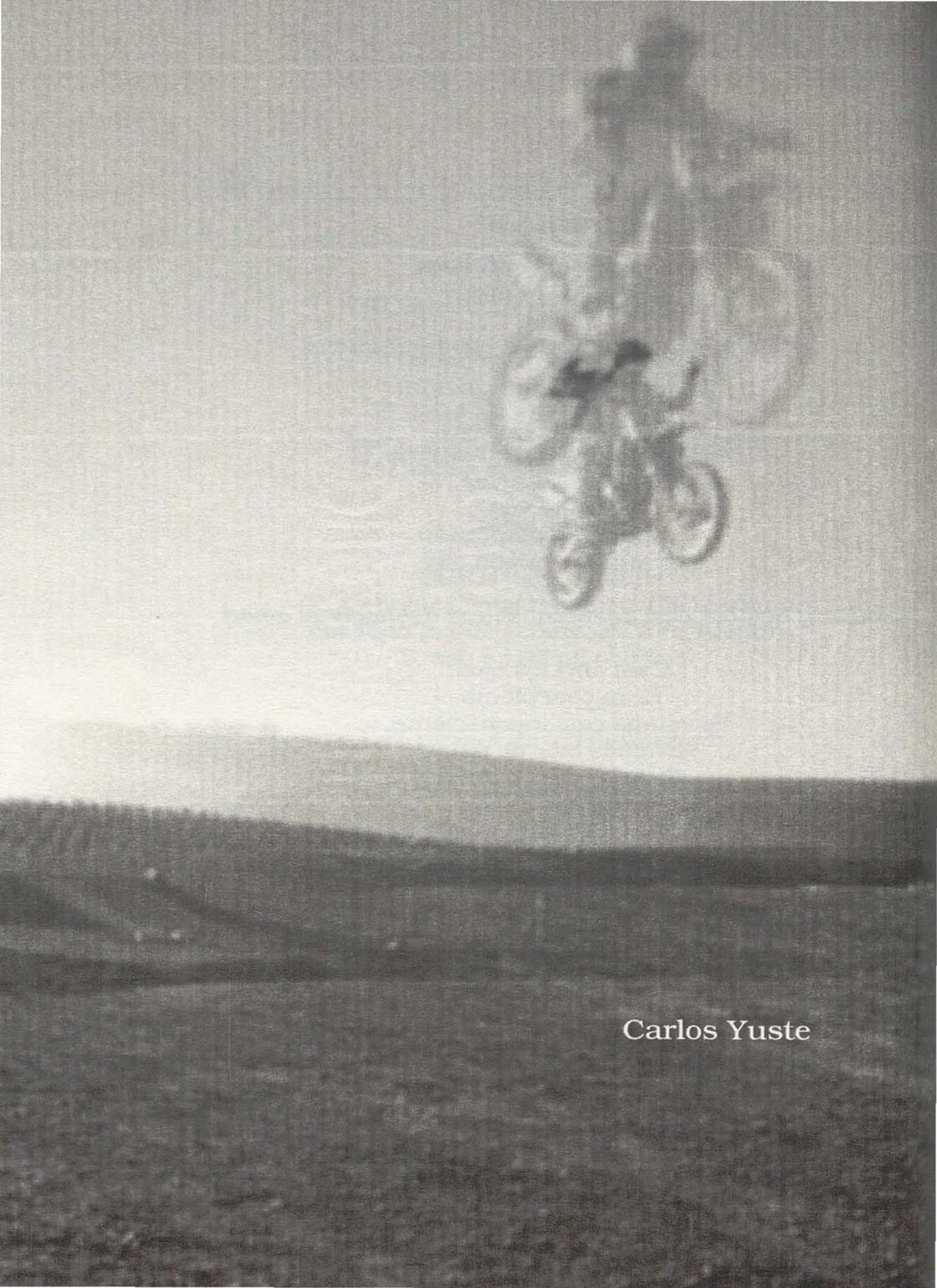
Entonces, abrí mi boca
y salió tu nombre

V Manifiesto optimista: el vientre materno

Muchas veces
me tienta la idea
de volver al vientre materno
y allí refugiarme.
Pero te veo
y entonces comprendo
que aún me queda aire.

Mujer y hombre casi deshechos (tras deshacer el amor)

Casi abrí los ojos.
Eran casi plomo.
Yo estaba casi inconsciente.
Eramos olor de mar.
Eramos casi el mar.
Casi dormíamos.
Casi respirábamos.
Casi el resto del mundo lo sabía.
Casi despertamos.
Casi todo...
Abrí los ojos.
Y allí estabas.



Carlos Yuste



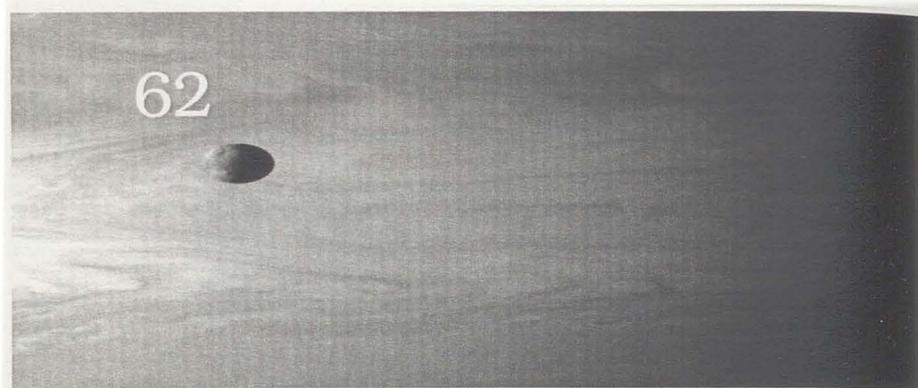
Jesús Pino

Estampas

Las mariposas y los vientos no se entienden bien. O sea, que no hay sintonía en sus inteligencias ni armonía en sus voluntades ni química entre sus almas. Algo similar les ocurre a las rosas y a las lluvias. A la yedra y al muro, no. Y aunque al principio tuvieron sus más y sus menos, sus incomprensiones y desavenencias, al final la sensatez y la buena disposición de ambas partes triunfaron, y hoy se muestran orgullosos del encantador tapiz vegetal que exponen al delicado sol de abril y a las pequeñas criaturas del aire. A las mariposas, y también a las libélulas, las ráfagas aéreas les desconciertan los teodolitos y las brújulas de la orientación. Las mariposas, y también las libélulas, son frágiles, delicadas y de poco peso. A ambas les gusta la calma atmosférica y se desplazan con lentitud, melosidad y despreocupación de una hierba a la rama de un arbusto, de una pared a la hoja de una parra, y así. Algunas veces se despistan y se adormecen en el suelo, junto a la guarida de un lagarto y ¡zás! terminan su encantamiento en la

panza del reptil. El año que Herschel, don William, descubrió Titania y Oberón, lunas del planeta Urano, a Teresa Pérez Poyatero, moza soltera y de procaz calentura, la hincharon la panza en un sembrado, contra una tapia o detrás de la iglesia parroquial, detalle más o menos circunstancial que sólo contribuye a la curiosidad morbosa y malintencionada. Y, hasta ahora, nadie sabe con absoluta certeza quién lo hizo. Juan Pérez Poyatero, su padre, endosó, porque sí y sin muchos alegatos a su favor, el embarazo a Isidoro Aguilar, joven ensimismado que miraba a la Teresa como a las mariposas y a las libélulas, más con mirada entomológica que lujuriosa, mucho más con pupilas de coleccionista que de acosador. A Isidoro Aguilar no es que le disgustaran las proporcionadas carnes de la Tomasa, pero sus inquietudes eran más internacionales, menos municipales y un tantito fuera de lugar. A Isidoro Aguilar la espuerta de sus preocupaciones le llevaban hasta Filadelfia donde se fraguaba la Constitución de los Estados Unidos de América. Las mariposas, y también las libélulas, desprecian los viejos poemas de amor y los nuevos abalorios corporales por muy sensatas y ajustadas razones. Tampoco encuentran muy tranquilizadoras las excursiones multimillonarias al espacio y los alimentos transgénicos, por otras, pero también muy sólidas y asentadas premoniciones. Las mariposas, las libélulas no, cuando no pueden lucir el palmito de sus coloreadas alas, se amojonan en una calavera de perro o en una alcayata herrumbrosa de fachada y esperan a que

llegue el momento oportuno de flotar en los aires mostrando todo su colorido y majestad, escondiendo la espiritrompa en un blando e invisible morral de esparto. Juan Pérez Poyatero murió antes de que se determinara el sí o el no de su hija y el Isidoro Aguilar. No obstante, el año de su óbito, cuando don Inmanuel Kant publicó su *Crítica de la razón práctica*, su mujer, la viuda Teresa Martínez Lanzadera, reinició el proceso. Y en este caso el pecado recayó en Guillermo Simón, de la vecina Francia, pastor de ovejas churras. Cuentan las crónicas que la cosa pudo ser más o menos como sigue: paseaban un atardecer el Simón y la Teresa por las traseras de la jabonería fuera del pueblo y de las codiciosas miradas, cuando el Simón le dijo a la Teresa que se casaría con ella, cosa que según parece desarbola las murallas femeninas y humedece las soledades de la carne. «Jurámelo» y Guillermo Simón, acariciando lo que ya veía en sus manos, le juró todo lo que hiciera falta. Luego, vino lo que vino. A las mariposas les conviene sentarse y hablar cara a cara con el viento. Poner todo lo que hay entre ellos sobre la mesa. Y no agriarse la sangre ni maldecir junto a las flores ni lanzarse amenazas e improperios. A las mariposas y a los vientos les sería oportuno y eficaz tomar ejemplo de la yedra y el muro y dejar de una santa vez tanta pamplina y tanta niñería. Guillermo Simón casó con Teresa Pérez Poyatero y ésta, se conoce que no se le acabó la furia vaginal, volvió a contraer dos nuevas nupcias. Tuvo cuatro hijos y ninguno del Simón. Señor, Señor...



María Antonia Ricas

Dos satélites

IO

Imaginad
que un viento terral disemina premoniciones de visitas
inminentes.
Tiemblan las llamas
de los candiles en el templo y los tapices, entre columnas,
excitan su trama costosa.

Imaginad que comenzó
la tarde siendo una espesura
de zumaques rojizos.

Y ella sale

al instante calmo de octubre...
Palpad su piel
como una muselina; incluso desconoce por qué el rebaño
de las vacas se inquieta.

Mira al cielo con las extrañeza
de quien ama al tiempo en suspenso de sus tobillos sin
herirse.

Algo se aproxima vinoso,
alto, informe, pero extendiendo
un tinte oscuro.

Algo, más que una nube, cejas,
y ella piensa: ¿dónde, los ojos de esa cara? ¿Dónde ter-
mina
el rostro
que ríe en la tormenta?

.....

Saboread
sus labios abiertos al borde del cúmulo que se encapricha
con su barbilla.

Ella se ciega;
inclina la cabeza dándose
a una niebla que rompe el lado templado de su candidez.

Se ha disuelto el bosque de otoño.

Adivinad
cómo quiere abrazar al gas
envenenándola, bajando por su espalda, agitando su hom-
bro.

¿Sabéis vosotros cuánto
consiguió resistirse?

Diferenciad
la humedad que va separando sus muslos de las tiernas
hojas
empapadas que caen desde
ese bosquecito sin nombre con alevines ignorando
la mano que los desenjaula.

Sí, distinguid
un momento de muerte en carne del olvido, de palpitante
acezo, del mencionador
de las veladas prohibiciones
llevándola
a lo dulce empapado.

.....

Ya no acertáis a señalar
si es una vaca que os devuelve

en su mirada mansa
el azar de una flor rasgada; tal vez es la que no consigue
espantar a tábanos verdes de su lomo, quizá sea ésa
olfateando los arbustos.

Imaginad
lo que temíais.

Marchad ahora,
dejad que el bosque
continúe vacío.

Le ocurrió a la tarde un hallazgo,
una tormenta,
y las telas de un templo de Argos
se movían.

¿No escucháis, lejos, a la niña que jugará en la playa roja
de Sidón?

*Una ráfaga súbita: las magnas alas desplegadas
sobre la doncella vacilante..*

William Butler Yeats

En lo oblicuo del sol el lago
adquiere un tacto de corderos
gratos.

Ha dejado en la orilla el peplo,
el cinturón emocionado,
y su desnudez se resume
en el temblor del pie que alcanza
el agua.

Y ella, entonces, podría hallar
ese guijarro que los peces
conceden a las muchachitas
destinadas al sacrificio
del ardor.

.....

Una rapaz se posa
en las ramas del sauce
y me contempla. Siento
un descuidar según
mi vientre estrena el húmedo
balido.

.....

No se sabe cómo de blanca
brilla esa canción que ella escucha
entre los juncos; quizá espuma
aproximándose y rizándose
alrededor de su cintura,
quizá un pájaro perseguido
entona el idioma del gesto
confiado.
Ella, ay, ella
no es más que abandono en el agua.

.....

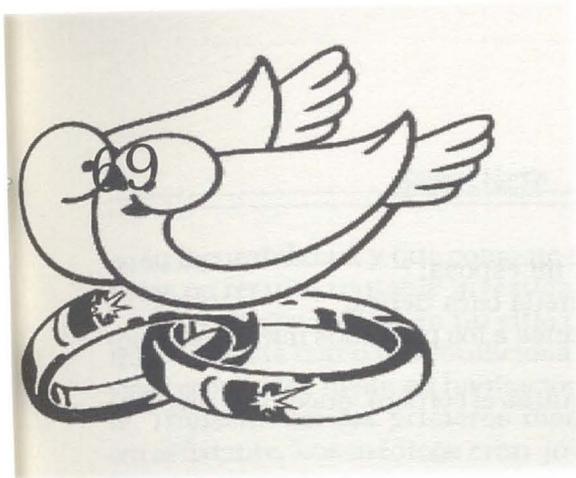
Ven, animal exacto
a música de muerte.
Mi cuerpo es puro hueco
de sed por tu plumaje
y tu bebida;
Sólo soy ponadero,
cavidad de la furia.
Ven con la lentitud
de lo que tala
para hacer de mi vano una hermosura extrema
y habitada por dioses.
Cuanto más muerte tenga
de tu pico más pulso
recobraré. Seré
la perfumada niña
de la guerra,

la esposa que no aguarda
al guerrero de Esparta,
y los gemelos, bailan
raptando en el capricho
a sus primas prohibidas.
Y con tus alas cubre
lo que quede de mí
cuando me dejes.

.....

Ella duerme con la postura
descuidada de lo liviano
y flota semejante a plumas
tras un encuentro abrasador
entre una serpiente y un cisne.
Y es tan pesada como un arca
rebosando de poderosos
huevos
femeninos.

Ahí se va, duerme volando.



Ramón Martín

Bodas de plata

Veinticinco años ya desde aquella mañana lluviosa en la ermita de la Antigua. Lo hemos celebrado en el asador de Chema, comiendo cordero, asado en su horno de leña. Lo borda. Hemos estado los tres matrimonios que solemos salir los sábados. Nos han regalado una bandeja grabada. Yo les he invitado a cava. Ha sido muy agradable. Julián ha estado ocurrente y brillante con las historias de sus viajes, como siempre que hay mujeres presentes, bueno, quizás también es que es el más joven del grupo. Nos hemos despedido frente al Ayuntamiento. Le he dado la mano a Tere y hemos emprendido el camino de casa, en silencio. Nuestro hijo nos ha sorprendido gastándose su primer sueldo en comprar un pasaje y una estancia de una semana para sus padres en Cancún.

Después del bullicio de las horas de conversacio-

na, me lo hizo notar mi esposa:

- Cariño, qué mala cara tienes.

Me llevé las manos a los párpados mientras le contestaba:

-No sé, amor, quizás el cordero, puede que un punto grasiento.

En observación

Eran solamente unas décimas -al atardecer llegaban a ocho o nueve- insistentes, preocupantes, indescifrables. Don Alfonso, el médico de familia, conociéndome de antiguo y sabiendo por tanto de mi hipocondría, en principio me sugirió tirar el termómetro a la basura sospechando que era pura obsesión y que la subida del mercurio era debida al continuo roce de mis manos y mis sobacos.

Un día empezó a creermme y comenzó a recetarme una lista de antibióticos cada vez de más amplio espectro y más caros, así como placas y análisis de orina y sangre: todo negativo.

Don Alfonso dio salida a mi situación ordenando mi hospitalización para que una observación próxima y cotidiana pudiera resolver el enigma de mi fiebre pertinaz. Yo tenía miedo de padecer o bien un mal de los innombrables por letales o de esos que lo son porque se designan con el nombre del apellido de un científico extranjero, que descubrió su existencia y poco más, si aca-

so su incurabilidad, y que como no son muchos los afectados no resulta rentable investigar paliativo alguno.

La clínica estaba en un sitio céntrico. El ruido del tráfico llegaba como una bulliciosa señal de vida y actividad económica hasta mi habitación, en la primera planta. Transcurrían los primeros días de agosto, el calor era asfixiante. Los médicos eran jóvenes y en prácticas. La primera noche tardé mucho en conciliar una especie de duermevela. Buscando algún frescor con mis manos en los travesaños metálicos de mi cama, topé con un papel adherido. Lo despegué con aprensión -¿para qué habría sido usado?-, era media hoja cuadriculada, arrancada de un cuaderno escolar. Había unas cuantas líneas escritas a bolígrafo y tenía pegado un chicle verde. Dejé el escrito en la mesilla, metido entre las páginas del último premio Planeta, leería aquella nota por la mañana, no había suficiente luz y además tenía que pensar si me convenía leerlo, seguro que era de un paciente que había ocupado aquella cama, ¿por qué no se lo había llevado cuando se fue? Después del desayuno, duchado y afeitado, me senté en la cama recién hecha y me sentí con ánimos para leer aquello. Entraba por la ventana un vientecillo del norte.

Con una letra diminuta y redonda, con algunas faltas de ortografía, la que parecía una adolescente afirmaba que no la engañaban, que ella sabía que se iba a morir, que lo sentía sobre todo por su amiga Laura y su perro Cardo. Firmaba como Leire. Volví a meter la hoja en la novela y ya estuve toda la mañana pensando en

aquella chiquilla, olvidándome del termómetro que me había colocado una enfermera de simpatía contagiosa. No me atreví a preguntar a nadie por aquella desesperada paciente.

A primeras horas de la tarde, llamaron levemente a la puerta y sin esperar a que contestara, irrumpieron cuatro o cinco quinceañeras detrás de la primera, una colegiala de uniforme azul y coletas, que parecía llevar la voz cantante y que se quedó paralizada cuando me vio:

Me dirigí a ella:

-¿Tú eres Laura, verdad? ¿Veníais a ver a Leire?

-Sí. ¿La conoces tú?

-Algo

Salieron en silencio.

A los diez minutos volvió Laura, entró sin llamar. Lloraba.

-Que he preguntado por ella y no saben dónde está.

La enfermera risueña nos lo aclaró: si habláis de la niña que estaba en esta habitación en observación, la operaron esta mañana del apéndice y está en la planta segunda. (Laura la abrazó mientras se limpiaba las lágrimas y reía al mismo tiempo.) Yo respiraba hondo.

En las primeras visitas los médicos me preguntaron por los medicamentos que había tomado, si había visitado algún país exótico y había mantenido relaciones sexuales con alguna indígena o comido algún plato de la cocina autóctona. Yo trataba de adivinar mirando

a sus rostros qué era lo que sospechaban y no se atrevían a decirme. Soy un intérprete de gestos: siempre que en un avión se enciende la lucecita roja de la cabina del comandante solicitando la presencia de una azafata, me preocupo cuando sale por un posible temblor en sus labios o en sus manos, o una disimulada expresión de terror en sus ojos, un rubor en las mejillas..., solo detectable para los aficionados como yo a la lectura de los signos del idioma universal del cuerpo humano como son la risa y el llanto, el estupor y el miedo, las expresiones de deseo y seducción...

Volví a pasar por los detectores de todas las anomalías de las constantes vitales, me hicieron análisis de todos mis fluidos y acabaron simplemente poniéndome el termómetro por la mañana, a la tarde y a la noche. Las décimas seguían.

La cama vacante junto a la mía la ocupó una noche una anciana con oxígeno, suero y la compañía de la que supuse sería su hija, una mujer delgada, alta, fleumática, vestida de negro, que se sentó al lado de la mesilla para leer con aquella débil luz una historia de templarios. Antes de amanecer, la hija dejó la lectura, miró a su madre con detenimiento, tocó la señal de alarma, vinieron dos enfermeras que tomaron el pulso a la anciana, le taparon el rostro con la sábana encimera y la sacaron de la habitación; las seguía la hija con una gran bolsa de viaje que no había vaciado a su llegada. Como volví a adormilarme, cuando desperté y vi la cama de al lado ya preparada para recibir un nuevo paciente, dudé

si todas aquellas imágenes nocturnas no habrían sido producto de una pesadilla.

Cuando llevaba ocho días allí, la enfermera más extrovertida, Conchi, de mediana edad, mofletuda, de vocabulario atrevido, que tensaba como ninguna otra el peto de su bata, levantó el termómetro en su mano derecha y me gritó: -¡Ramón, treinta y seis con siete! Yo, con un desánimo a prueba de cualquier voluntarista optimismo, le contesté:

-Sí, pero ya veremos mañana.

Pues bien, al día siguiente y al siguiente volví a no llegar a los treinta y siete grados. Ese día el médico que parecía el de más categoría, por lo menos durante el verano, me dijo, mirando antes de reojo la ficha que portaba una enfermera:

-Ramón, mañana de alta.

Al ver mi mirada implorando alguna explicación, se despidió de mí, dándome la mano, campechano:

-Ramón, no te preocupes, estas cosas pasan. Te sorprenderías si supieras cuántas veces pasan.

Paco Morata

verano

la música de un piano
como escarcha caía
en armónicas lágrimas sin peso
en sonoros cristales resbalaba
sobre el recogimiento autista de los patios
las criptas de abandono que elevaba el estío
sobre las calles blancas

era julio
comíamos
las flores diminutas del olivo
la piel amarillenta de almendras inmaduras
el canto más extenso que el paisaje de cigarras
el olor de albaricoques a punto de pudrirse
el néctar de los frutos que libaban gratis nuestros
labios

iguales a las bocas de los dioses
los picos de las aves
el granizo
o el viento

sólo para nosotros
germinaba la tierra su abundancia
remansaba sus aguas perfumadas
un torrente escondido de espliego y de resina
mientras apedreábamos
gorriones con las gomas de una bicicleta
y cantaba en las niñas la incipiente
pujanza de los senos
los muslos generosos
crecidos más deprisa que el pudor o el vestido

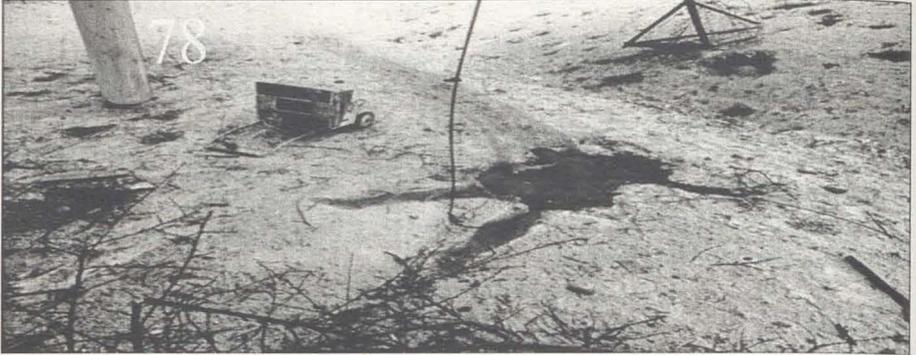
entraba en la impensable frescura de la alcoba
era siesta
verano
nos guardaba
un palio retorcido de higueras que acogía
un zumbido de insectos
el rumor de la acequia
la vida silenciosa de ficus aspidistras y geranios

extendías tu cuerpo
como la soledad estira al infinito la magnitud del día
alargada la mano
armada y vulnerable

hasta rozar las olas
mojarla en las mareas
y traerte los labios del mar hasta la boca
empapar del sabor de la sal las palabras
aquellas que gemían lázaro

suplicantes

inclínate
y ama



Joaquín Copeiro

Dichoso aquel...

Dichoso aquel...

La guerra...

Centenares de muertos por semana
y un bufón,
el bufón de los enardecidos,
salmodiando
adveniat regnum tuum,
por que su dios le sonría con el alba,
más soldados,
más tanques y aviones,
Guantánamo es el camino hacia la gloria,
sed libera nos a malo,
para estampar su rúbrica de humo negro
en las fachadas de los rascacielos.

Dichoso aquel...

Allí, junto al mar,
ha plantado un jardín,
y por las tardes corta los jazmines blancos
para que inunden de perfume su casa
y ahoguen el hedor de la muerte,
mientras gaviotas en bandada
reflejan su vuelo en una jarra de cerveza,
o unos poemas,
las frases de un piano,
el bordoneo de un contrabajo
y la rítmica percusión de unas escobillas
apagan el ruido de las bombas asesinas.

Las pistolas...

El miedo recorre la médula de arriba abajo,
con cada amanecer,
con cada puesta de sol,
con cada luna nueva,
detrás de las esquinas,
frente a los escaparates,
bajo las bóvedas de las estaciones del tren,
cuando una taza de café humea en una mano
y en la otra el periódico lanza sus estertores cotidianos,
o tal vez
en el baile destellante de una discoteca,

porque debajo de las capuchas negras
la vida no vale nada,
al igual que en otros tantos lugares del planeta,
pero ¡eso sí!,
que flameen las banderas con los colores patrios,
como la de la plaza de Colón
-¡jamás se había visto tamaña cantidad de trapo!-,
como las de los baluartes del Cantábrico.

Dichoso aquel...

Con el sol de invierno,
el que *calienta un poquito* y es tan plácido siempre,
al cobijo de las rocas y del sombrero de paja,
frente al mar que no cesa de decir
sus innúmeras historias,
navegantes solitarios,
piratas iluminados,
buscadores de parajes imposibles,
también suicidas que le entregaron sus cuerpos
y muertos que disolvieron en él sus cenizas,
y náufragos en islas lejanas
de amantes tiernas y solícitas,
precisamente allí,
mirando al horizonte,
mancha su cuaderno de campo una y otra vez
con ocres,
con azules,
con verdes y amarillos,

y llena así su alma de colores
hasta diluir en ellos el humo de las bocachas.

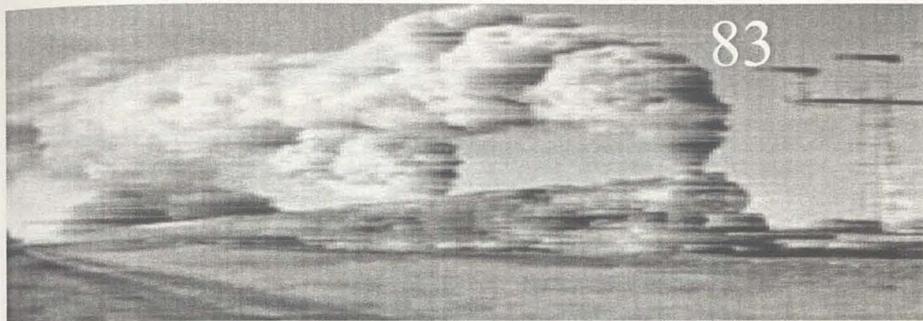
Los cuchillos...

Amanece,
siempre lo hace así desde hace tiempo,
en medio de una enorme vomitona de odio
que corrompe las pantallas de los televisores
y convierte los titulares de los grandes diarios
en un inmenso lienzo negro,
colgado en los muros de una catedral,
cuajado de quicios opacos como la muerte
y de túneles inacabables
-ni Goya ni Picasso darían ahora con el color-,
donde despojos del pasado se retuercen
como en el infierno del Dante,
y, en un círculo de mitras carcomidas,
innobles caballeros de la tabla redonda
se hallan dispuestos
a entregar sus almas al Diablo,
a cambio de que vuelvan los de las alparbatas
a prender las vigas de los templos,
que ahí estarán ellos
enarbolando justicieros las cruces de las espadas
y lanzando consignas patrióticas por la radio,
y, ¡eso también!,
purificando a la vez sus almas pecadoras,
las de los incendiarios,
para que suban directas hacia la diestra del Padre.

Dichoso aquel...

El caldo de la uva,
el tiempo discurriendo con la lentitud del gozo
y a la sombra de las parras,
el vapor de las tinajas
-trasegar es un placer de los sentidos y algo más-,
y, por fin,
la transparencia del hálito,
¡madre naturaleza!,
su sangre pura y vivificadora,
el sabor de sus labios más divinos
que los del dios
del infamante bufón de la guerra
y de los caballeros de las mitras putrefactas,
y un acoplamiento suave,
pausado,
armónico,
voluntario,
al tiempo de trocarse en abono de sus fuentes.

Dichoso aquel...



Jesús Pino

Escúchame:

*de repente se ha vuelto
insoportable la velocidad.*

*Lo lejano se acerca, se consume
sin deseo, sin tiempo para amarlo.*

*Vertiginosamente cruza el tren
el espejo de los valles. Ráfagas
de caminos, vendavales de iglesias,
estrépitos de puentes, bocanadas
de túneles. Las femeninas verdes
alamedas desairadas, renuncian
a sus cantos. El mar, a su fragor
se sobresalta y retrocede al fondo
de sí mismo, dejando sobre el aire,
un chasquido de pálidas penumbras.*

*Pegada a la obsoleta ventanilla
la mirada se nutre de pañuelos,
¿qué nombre nos describe la siguiente
estación? Nadie responde. Silencio.*

*Levantando los hombros los profetas
vuelven a sus penumbras. ¿Cuál es esta
ciudad ? Los filósofos, retornando
a su estéril duermela contemplan
el vacío. Silencio más silencio.
Frío y sombras. Nadie pregunta cuándo
hay que bajar o si tendrá final
el viaje. Las alarmas conectan
con un sofisticado paraíso
de perfumes. El salto está prohibido
por estricta moral de economía.*

*Escúchame: se atesoran los ríos
debajo de las piedras. Los arranca
el cielo. El agua acaricia el vientre
de las rocas que enloquecen de sed.*

*Nada puede compararse al fuego
de la carne universal. Besa el aire
el útero del día, la placenta
de la sombra y de la luz, la patena
de la hoja y del león, el bolillo
de la higuera y de la vid. La semilla
del vacío. La baba del origen.
El polen enfermizo del big-bang.*

*Mírate las manos y desentierra,
del fruto de la arcilla, la alabanza
de sus metamorfosis. Interrogate*

los pies y contempla el infantil gozo
renacido en la exacta arquitectura
de la arena. Siente tu corazón.
Apenas un capricho del carbono.

Hasta los horizontes de mi vista
el Universo esculpe su abadía.
Nadie puede escapar al sentimiento
de la Piedra. Nadie puede esquivar
la suavidad de la materia viva.
Antes la roca que la espesa sangre.

En el Principio, el Fuego. Y el Clamor.
Y el ansia del Espacio. Y el rebozo
pálido. Y el impulso subterráneo
que todo lo conmueve y estremece.

Yo idolatré la parte, la fracción,
el amor a la especie, el amor
a lo vivo. Y manifiesto ahora
mi amor a la totalidad. Mi amor
al vegetal, al mineral, al Todo,
Al Todo sin reservas de primores.
Es necesario abandonar el dogma
de los paradisiacos cacahuets.
Es preciso barrer la seriedad
monárquica del áureo mandarín.
Es oportuno, urgente y necesario,
negarle la palabra al estúpido

la razón de las modernas estatuas
imperiales. Embadurnar las panzas
de los avaros árbitros. Es tiempo
de restaurar el humano sabor
de la existencia. Oír a los peces.
Escuchar a las nubes. Atender
a los árboles y a las lluvias. Ellos
hablan de amor. Del gran Amor perdido.

Ni la comodidad, ni la opulencia,
ni el bienestar son la felicidad.
Ni la sabiduría ni el poder.

La felicidad es hija del hueso
y de la sangre, de la tela de araña,
la saliva, la savia, la resina,
del ácido y el polen y el azúcar.
Y del principio, del medio y del fin.

Nunca se llega al fondo de la niebla.
Detrás de unas palabras viven otras
que ocupan los suburbios y los guetos;
que espían el bazar del corazón.

Bajando, bajando continuamente.
Regresando, retornando al silencio,
al último contacto, a las esquinas
donde el destierro inicia su andadura.
Hasta la soledad y el abandono

en el centro sellado de la Vida.
Discurrimos por el redondo páramo
construyendo caminos y ciudades;
abreviando distancias, sorprendidos,
hacia la oscuridad del interior
sin fondo. Fieros, absurdos, gritando
necesidades: el hoy es ya mañana.
¡Vivimos los vacíos del futuro!

Extirpados de nuestro propio instante.
Desgarrados de nuestra mismidad.
Contemplando, sin luz, en los espejos
los ojos sin presente. Extranjeros
de nosotros. Sin alcanzarnos nunca.
Perseguidos, ahogados de ansiedad.
Tal vez, sin transición, muertos y fríos.
Impresos en la nada de una frágil
Memoria. Ya, tal vez, muertos y solos.
Tal vez, sin esperanza. Solos. Muertos.
Inequivocamente soterrados.

Ana Isabel Rodríguez Ortega

Eclipse

*«Y mientras yo te sienta,
tú me serás, dolor,
la prueba de otra vida
en que no me dolías»
(Pedro Salinas)*

A veces,
me comprime la enrevesada herradura del tiempo.
Como pájaro sin alas, revoloteo por los umbrales
quejumbrosos de los días inmóviles,
estancados en el recuerdo, la nostalgia,
las palabras que acaso pronunciamos
o los poemas que nunca escribí.

A veces,
me derrumbo ante la ferocidad de su lenguaje,
un código que a menudo no comprendo,

que se acicala en la crueldad extrema del dolor,
patente en mis anocheceres fríos
sin el calor de tus besos arrojando mi cuerpo.

(Un tiempo fugaz, efímero,
cuando trata de cobijar nuestra felicidad,
aunque muy amigo de la dolorosa lentitud
si pretende albergarnos la desdicha...)

A veces,
el alma se me trastoca en un silbido melancólico
que se adueña de la tímida alegría y mata su dulce voz.

Entonces, vuelvo a recordarte, erguida como estoy
entre la encrucijada de los sueños y de la realidad.

Te me proclamas sobre mi mundo, mi universo interno,
haciendo más fuerte mi soledad forzosa...
Y me pierdes en el anhelo
de querer sentir tu amanecer.

A veces,
te deseo con tal fuerza
que se me parte la vida
en pedacitos de luz.

Y es que, a veces, me eclipso desde el alma
junto al peso de un dolor
irremediable.

Nocturno

(La soledad y el poeta)

«Silencio de la noche, doloroso silencio nocturno... ¿Por qué el alma tiembla de tal manera?»
(Rubén Darío)

Llegas, soledad, con el soplo triste,
tibio, de la noche
y te escondes
detrás de la languidez
pusilánime de la blanca luna.
Llegas, buscando cobijo en el alma cálida
e indómita del poeta,
para apagar tu frialdad amarga,
para desnudarte ante el sopor nocturno
y hacer más pálida su tristeza.
¡Y juegas a modelar su alma
entre las sombras puras e infinitas!
Y le contagias,
con tu silencio ausente,
con tus lágrimas marmóreas y lentas,
con los guiños lejanos y resplandecientes
del firmamento negro.
(Y le alientas a anhelar la paz trémula
que dormita allá arriba, en las estrellas).
Mas es entonces,
cuando penetras en sus ojos,
soledad,
con tus arias de cristal y azul...

cuando le haces que encuentre dulce arrullo
en el cavilar tierno, profundo,
de algún lucero
distante...

Luna

En mitad del cielo, tu serenidad, Luna.

Me estás hablando,
con un lenguaje solemne de cristal impenetrable,
mármol blanco, sueño puro, belleza coronada.

Tus ojos de frialdad,
tu brillante melancolía, tu profundo silencio,
atravesan esta noche mi cuerpo,
reclinado en el balcón.

Quiero atrapar
aquel guiño de sensaciones con que me desbordas
para encharcarlas en algún hondo rincón de mi alma,
y hacer de tu dulzura mi propia dulzura,
creer en la perennidad
de ese eco que sin cesar me repites,
de esa tierna poesía que encierras...
Y saber que tú nunca mueres cuando amanece.

Eterna musa de mis sentidos,
la elevación suprema del ardiente paraíso

de mi ser completo en ti.
Inextinguible luz que me orienta
hasta la inmediatez de tu clamoroso mundo.
Deseándote mi deseo.

Aquí, en mitad del cielo,
tocando tu lejanía con mi piel de estrellas...

Esta noche oscura,
naufregando en ti, en tu serenidad, Luna.

Reyes Santiago Ostos

Quisiera estar esta noche cerca de ti.
Poder mirarte a los ojos.
Ver mi reflejo en ese mar azul.
Me gustaría acariciar tus mejillas.
Que cogieras mi mano
y la dirigieras hasta tus labios
para besar mis dedos uno a uno.

¿Dónde estás amor?
No oigo tu voz en mi oído,
no veo tus ojos azules,
no siento tus labios en mi cuerpo
ni tus manos en mi mejilla.

Quizás el rumor de la tormenta
es tan fuerte
que no te deja oír
mis quejidos.

Tal vez, los besos que recibes
ahora, son tan suaves
que no dejan espacio a los míos.
Tal vez las caricias que recibes
ahora, son tan vigorosas
que tapan las mías.
Tal vez los ojos que te miran
ahora, son tan azules
que olvidaste el dulzor de la miel
que se derretía todas las noches
cuando contemplaban tu rostro.

II

Tu pelo bajo mi mano.
Tu mirada en mis ojos.
Tu piel sobre mi piel.
Tu cuerpo rozando mi cuerpo.
Siento todo tu ser en mi ser.

La luna asoma su nariz roja por el horizonte.
La luz se apaga a nuestro alrededor.
A lo lejos se vislumbra el atardecer.

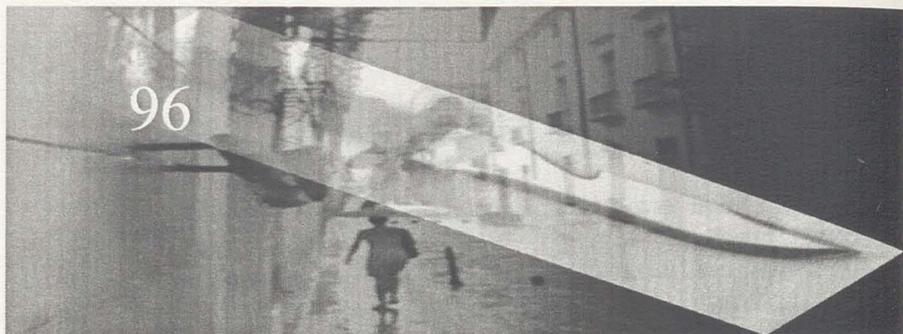
A mi lado, sobre mi hombro tu cabeza.
Acaricio tu pelo.
Intento ver tus ojos.
Beso tus labios.
La felicidad se puede tocar con la manos.

El ocaso ha llegado a su fin.
El sol se abre paso.
La luz inunda la habitación.
Busco tu mirada.
No está.
Sólo queda el hueco que has dejado en la almohada.

El día es luminoso.
Demasiado.
Mi vida no lo es tanto.
La felicidad se marchó con la noche,
junto a tu cuerpo, tus labios, tu mirada.
La felicidad se fue en el momento en que te marchaste.

Te busco por la ciudad.
En vano.
Ni siquiera te has quedado
en el mismo lugar a vivir.
No quieres saber nada de mí.

Cuando sale la luna
vuelves a mí.
El espejo refleja tu figura.
Estás en mis sueños.
Estás en mí.
La felicidad desaparece
cada vez que sale el sol.



Juan Carlos Pantoja Rivero

A pocos pasos de ella

Cuando salió de su casa, Margarita advirtió ya que algo extraño estaba pasando; no sabía por qué, pero tenía el presentimiento de que las cosas no estaban ocurriendo como el resto de los días. La calle, sin embargo, presentaba el mismo aspecto de siempre, con la única modificación del decorado que imponía cada mañana el clima: en esta ocasión el cielo estaba nublado y parecía que de un momento a otro se iba a poner a llover torrencialmente. Margarita compuso un gesto de fastidio antes de volver hacia el ascensor para subir a su piso en busca de un paraguas; contra lo que era habitual en ella, no había tenido la precaución de mirar por la ventana para ver qué tiempo hacía y salir preparada. Este olvido reforzó la idea que le había asaltado unos segundos antes, cuando puso el pie en la calle, de que ese día

no parecía normal, porque, que ella recordara, nunca había salido de su casa sin mirar antes por la ventana; era una manía suya, desde muy pequeña: se asomaba, percibía el roce de la mañana en la cara y decidía entonces si tenía que ponerse un abrigo o una chaqueta, si serían necesarios los guantes o una bufanda, si podía salir en manga corta o era preciso echarse una rebeca por los hombros. Con el paraguas en la mano, Margarita volvió a retomar su camino, aunque ahora no esperó al ascensor y prefirió bajar los dos tramos de escalera que separaban su piso del portal de la casa. De nuevo en la calle, enfilando ya el camino que todos los días hacía a pie hasta la peluquería donde trabajaba, pensó que tal vez fuera inútil el paraguas, como le ocurría siempre que lo cogía ante la amenaza de lluvia, pero se resignó a cargar con él toda la mañana y a dejárselo olvidado en el paragüero de la peluquería, para no variar. Al pasar junto a la tienda de telefonía móvil que había al final del primer tramo de su calle fue cuando le vio por primera vez, ensimismado en el escaparate, mirando los teléfonos con la misma expresión de placer con la que se miran los pasteles en la vitrina de una pastelería. Le resultó indiferente, pues lo normal era que hubiera gentes en las calles, caminando apresuradas, paseando tranquilas, hablando con algún conocido, mirando escaparates o esperando el autobús: la vida de la ciudad, con sus personajes cotidianos. Ella siguió su camino, enfrascada en sus pensamientos cambiantes, que tan pronto se detenían en la lluvia que finalmente

no caería, como en la última conversación que mantuvo con Esther la tarde anterior; que se deslizaban desde el recuerdo de la noche gozosa del lunes, con Rafa, hasta la necesidad de pasarse por la mercería y comprarse unos pantys; desde el fastidio de los coches y los pasos de peatones hasta la broma pesada que le había gastado en el trabajo a Celia, ayer. Esto último la hizo sonreír, pero por poco tiempo, ya que enseguida le asedió de nuevo la idea de que ese día se presentaba raro, distinto, como si ocultara en sus veinticuatro horas algún enigma que ella imaginaba desagradable, sin acertar a saber qué ni por qué. De hecho recordó entonces que antes de salir de su casa había sonado el teléfono y, cuando lo descolgó y dijo «diga», solo escuchó un silencio prolongado con el fondo de una respiración pausada, y, unos segundos después, la señal intermitente que indicaba que la otra persona había cortado la comunicación. No le dio importancia en ese momento, porque muchas veces la gente se equivocaba al marcar un número y luego, en lugar de pedir disculpas, colgaba sin decir palabra, actitud esta que le resultaba a Margarita de una mala educación apabullante. Sin embargo ahora le parecía que esa llamada era uno de los motivos de la inquietud que la habitaba.

Torció a la derecha, por la calle del video-club; no era capaz de aprenderse los nombres de las calles y, por eso, las identificaba con alguna tienda o alguna característica que las hiciera diferentes unas de otras. En la acera de la izquierda se veía el rótulo de un herbolario,

justo enfrente del vídeo-club. Margarita se detuvo, miró en la dirección por la que venían los coches y, cuando pasaron cuatro o cinco muy seguidos, cruzó la calle hacia la herboristería: le encantaba el olor de las hierbas que salía de la tienda y solía pararse en el escaparate, unos segundos, para aspirar profundamente esa mezcla de aromas naturales. Entonces volvió a verle, a su lado, mirando también los productos que se exponían en la tienda de hierbas; notó que alguien se detenía y miró hacia él de manera instintiva. Cuando vio que era el mismo que un momento antes estaba ensimismado ante los teléfonos móviles, sintió que se reforzaba la idea de que esa mañana no era muy normal, aunque enseguida se dijo que la calle era un lugar público y que las personas podían transitar por ella y detenerse en todos los escaparates que les diese la gana, y que no era nada extraño coincidir con alguien varias veces mientras se hacía un recorrido a pie. Siguió entonces su camino, sin alterar su paso tranquilo; para eso salía de su casa con tiempo suficiente, para poder ir al trabajo sin prisas, paseando, disfrutando del aire puro de la mañana y del ambiente de la ciudad, que le parecía más limpia y más hermosa a esas horas. Antes de que terminara la calle del vídeo-club, Margarita tenía que meterse por una más estrecha que se abría a la izquierda y que ella conocía como la callecita, porque era pequeña y corta. Le parecía una calle sin importancia, en la que no debía de ocurrir nunca nada, sin tiendas ni escaparates, con unos cuantos portales que siempre le resultaron som-

bríos y tristes, pero, por otro lado, era una calle que conducía a la avenida de la Paz, una de las pocas vías de la ciudad cuyo nombre oficial se sabía; el simple hecho de que la callecita desembocara en esa importante arteria urbana podía ser suficiente para que fuera tenida en cuenta, sin embargo no era la única vía que llegaba a la avenida: muchas otras, más grandes y señoriales, la comunicaban con otras calles.

Margarita disfrutaba con la caminata y por eso no dio ninguna importancia al hecho de que tres o cuatro pasos detrás de ella caminara el hombre que se había detenido antes en los escaparates, tal y como pudo comprobar cuando miró en esa dirección para cruzar la avenida en el momento en que cambió el semáforo de los peatones; no era que no se fiara de que los coches se iban a detener, pero desde pequeña se había acostumbrado a asegurarse bien de que los vehículos se paraban, antes de ponerse a cruzar. ¿Quién sería ese tipo que parecía llevar su mismo camino? Se había fijado en que llevaba puesta una chaqueta elegante que le quedaba excesivamente grande, como si se la hubiera prestado un hombre que gastara tres tallas más que él, y una corbata que no combinaba con el resto de la ropa. A ella le daba la impresión de que el hombre no debía de pasar por un buen momento, a juzgar por la expresión seria de su rostro, que parecía indicar una desgana infinita de afrontar la vida. Según caminaba, hacía lo posible por mirarle de vez en cuando, de soslayo, sin saber con certeza por qué, con una especie de inquietud

inevitable que la obligaba a volver la cabeza y a buscar su cara entre las de las personas que se movían por la calle, ocupando las grandes aceras de la avenida de la Paz. En el horizonte, sobre la multitud y los edificios grandes, el cielo se veía plumizo, de un gris oscuro y poderoso, sin matices, que no dejaba ninguna duda de la inminencia de la lluvia. A Margarita le gustaba ese cielo terrible, sin sol, que le recordaba los días de verano en el pueblo de su madre, cuando las tormentas estivales refrescaban la tarde sofocante y se anunciaban con el mismo gris que ahora recortaban los edificios. Apretó un poco el paso para evitar que el chaparrón, que ya empezaba a enviar sus primeras gotas, la pillase de pleno en la calle, y abrió el paraguas justo antes de mirar atrás, por el lado izquierdo, y ver que el hombre no estaba, ni cerca ni lejos, lo cual, aunque antes no se había sentido agobiada, le sirvió de consuelo, porque constataba que la coincidencia con él había sido una pura casualidad. Llegó entonces a la plaza del caballo, conocida por ella con ese nombre por la estatua ecuestre de un prohombre de otros tiempos que la presidía, y se dispuso a enfilear la calle de enfrente, la de las boutiques, y al girar la cabeza hacia la derecha para comprobar que podía cruzar sin problemas la calle que caía perpendicular sobre la plaza, se encontró con la cara del individuo, seria y amargada, a su lado, a pocos centímetros de la suya, entre las de otras tres o cuatro personas que también querían cruzar, como ella. Entonces sí que se asustó, sobre todo porque el hombre la

estaba mirando con intensidad en el momento en el que ella puso en él sus ojos; no gritó, pero sí tuvo que ahogar el grito que la sorpresa le ponía en la garganta, cuando acababa de pensar que su perseguidor había desaparecido entre las multitudes. Durante unos segundos que le parecieron minutos fue capaz de sostener la mirada de ese hombre extraño, que no descompuso el gesto y que parecía mirarla con todo el odio del mundo concentrado en sus ojos. Margarita volvió la cabeza hacia delante y se dispuso a cruzar apresuradamente, con un miedo indefinible pegado a todo su cuerpo, con la certeza de que tras ella caminaría el hombre. No sabía qué hacer para evitar la persecución, presa de un nerviosismo que la dominaba y que le impedía pensar con la rapidez que requería la situación, y no se atrevía a mirar atrás; prefería seguir adelante, como si no pasara nada, aunque la incertidumbre de lo que ocurriera tras ella la inquietaba hasta el punto de hacerla pensar que de un momento a otro podía sentir un golpe que sería también el final de su vida. Margarita no conocía a ese hombre ni creía que tuviera motivos para hacerle daño, pero el miedo que se había apoderado de ella no le permitía pensar de manera razonable y ponía en su interior una inquietud insondable que se acrecentaba cuanto más deprisa andaba y cuanto más tiempo transcurría sin que se atreviera a mirar hacia atrás. La lluvia se había hecho firme y resultaba difícil transitar por la calle, esquivando los paraguas de la gente, en medio de la oscuridad que esa mañana había pintado en la ciudad.

Margarita logró llegar al final de la calle de las boutiques, a solo un par de manzanas de su peluquería, y, antes de enfilear la calle de la derecha, la de la casa de los balcones grandes, no pudo soportar más la tensión y volvió la cabeza: a pocos pasos de ella, su perseguidor, sin paraguas y con la chaqueta que le estaba grande empapada de agua, seguía avanzando, sin modificar su gesto adusto y terrible. Instintivamente, Margarita echó a correr como pudo entre las personas que caminaban dificultosamente bajo la lluvia y sin parar de mirar atrás, cada dos segundos, viendo cómo el hombre que la perseguía corría también, asegurándose sin ninguna duda de que iba detrás de ella, sabía Dios con qué fines. La carrera la acercaba a su destino, al recinto familiar de la peluquería, donde ella pensaba acogerse para evitar a su perseguidor desconocido, que iba ganándole terreno y que cada vez que lo miraba estaba más cerca, con la misma expresión en el rostro, con el mismo odio acumulado que Margarita no sabía explicarse de ninguna manera. Al final de la calle por la que corría torció a la izquierda y pudo divisar, a lo lejos, el letrero que situaba su lugar de trabajo: un solo impulso más le permitiría llegar y cobijarse del peligro. Fue entonces, al desaparecer la multitud que recorría las calles anteriores, cuando se dio cuenta de que, por delante, una mujer también corría, como ella. Volvió a mirar atrás y constató de nuevo la presencia del hombre, muy cerca, pero caminando ya, a buen paso, con la mirada puesta en un punto que, por primera vez, sobrepasaba

su posición. Margarita se detuvo y miró ahora a la mujer de delante, con su abrigo marrón y su paraguas tambaleante, corriendo, mirando con desesperación hacia atrás, como poco antes hacía ella misma: no tuvo ninguna duda; era Celia, su compañera de la peluquería, la misma a la que la tarde anterior había gastado una broma pesada sobre su ex marido, de quien ella hablaba a menudo y a quien retrataba como un loco pesado que no la dejaba tranquila. Margarita le había dicho que tuviera cuidado con él, no fuera a presentársele con un cuchillo de cocina, que todos los días había casos iguales en las noticias de la televisión. A Celia no le hizo ninguna gracia su comentario y puso una cara que parecía concentrar todo el miedo. Margarita se había reído y le había hecho ver que era una broma, que eso no iba a pasar, que no se lo tomara en serio; pero Celia no cambió su gesto y se mantuvo el resto de la tarde en silencio, pensativa, como si esas palabras de su compañera llevaran dentro todas las preocupaciones del mundo, dispuestas a atormentarla. Y ahora, bajo la lluvia persistente de esa mañana extraña, Margarita asistía a la escena que ella misma había vaticinado inocentemente la tarde anterior: a su izquierda, el hombre mal vestido, sacando del bolsillo de la chaqueta un enorme cuchillo, y a su derecha, mirándolos alternativamente, a ella y al perseguidor, Celia, algo más lejos, junto a la puerta de la peluquería. Sin duda fue un impulso inconsciente, sin madurar, lo que llevó a Margarita a cerrar su paraguas y a hacer frente, con su punta afilada, al hombre

desagradable que enarbolaba un cuchillo, al tiempo que gritaba pidiendo ayuda. Enseguida, un hombre que venía por detrás desarmó al agresor dándole una patada en el brazo, y un segundo transeúnte le ayudó a reducirle. Margarita miró a Celia, que venía hacia ella llorosa. Cuando estuvieron juntas se abrazaron con fuerza, como si quisieran, con ese abrazo, borrar los minutos terribles que habían vivido poco antes.

Inmaculada Gómez Vera

Solo quien ama vuela...

Porque no precisa de una piedra
a la que sujetar su infinita cuerda
ni extenderse por las plazas,
ni que ningún tacón cercano,
o lejano,
apremie su silueta de losa apretujada.

Porque en la profundidad de un aroma
puede descubrirse el perfil de un dorso,
el misterio de unos ojos perdidos,
y hasta adivinar la intención
de unas palabras articuladas desde el silencio.

Nostalgia de Habanera

Si yo pudiera cambiar azul por verde,
(tenerte y no tenerte),

tu brillo por el amarillo,
sería el camino;
la brisa por la marea
en tu ladera(
Si yo pudiera hacer castillos
en la arena
y no en el aire(
mirarme entre roca y roca,
dejarme peinar las sienes
y acariciar mi boca y,
a la vuelta de algún barco,
rodear mis hombros con tu azafranado manto.

Pero no puedo.
No puedo tenerte, mar,
más que en mis labios
de inmensos campos,
espejismo de sol recalcitrante
donde amor emerge hecho sudor,
las marejadillas de las espigas,
y hasta la nata del almendro,
tornan su color.

Pasará.
Pasará este delirio
de galeote que mira al patio
como quien mira la mar.

Lo que yo siento

Lo que yo siento no es el mar,
ni las ocreas escamas de hojalata de la enjuta palmera,
ni los collares volcánicos que te rodean.
Porque llevo en mis huesos la fugaz estrella de tus arenas
y un burbujeante licor de sus apagadas mareas.

Pero miro y te veo en medio:
debatíendote con la brújula de tus miedos,
sumergiéndote en esa ola inmensa
que arrastra todo esfuerzo y se lo traga, océano adentro.
No es el mar, no, lo que yo siento.

Porque el salitre de mi piel guarda enamorado
un desdibujado sueño sin nombre ni textura
en el que marcar la soledad de un cuerpo.

Pero miro, y te veo deslizándote
por la noche de encuentros funestos,
agarrándote a unos muslos de vertiginosa hiedra,
entre cientos de fotografías muertas colgadas de un árbol
[incierto.

No, no es mar, lo que yo siento.
Porque la luz a que aspira la volcánica palmera
no está hecha de pieles, ni líquenes, ni estrafalarios papeles.
Lo que yo siento es el rumor. Su eterna espuma,
su sabor en las pequeñeces, su fragancia entre unos hombros,
la transparencia en unos ojos, su magnitud -furor- en-
[tre dos cejas.

Y, entonces, miro y no te veo.
Definitivamente, no es el mar lo que yo siento.



Magdalena Castaños Fontirroig

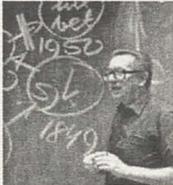
reflexiones sobre el síndrome de Estocolmo

La aparición de Natacha Kampusch, libre de su raptor tras 10 años de cautiverio, ha actualizado de nuevo el llamado Síndrome de Estocolmo, referente a la insólita actitud de las víctimas respecto de sus agresores.

Providencialmente, esta joven austriaca ha salido con vida de tan terrible trance, cuyas circunstancias ignoramos y no somos quién para afirmar o negar si ha sufrido ese síndrome o no.

Yo le envío mi más sincero deseo de que se reponga de posibles traumas y secuelas; que la dejen en paz y viva muy feliz el resto de su vida. Y no olvidemos que cuando la raptaron era una niña; por tanto merecedora de toda indulgencia y absolución. Porque, aun dejando aparte las circunstancias íntimas de la víctima, que bastante tiene ya, el síndrome por sí solo es suficientemente intrigante y apasionante, digno de profundos estu-

dios y reflexiones, por los entresijos del alma humana que pone de manifiesto y sus conexiones con otros fenómenos similares. Modestamente, reflexionando sobre él, diré para empezar que me parece discutible la denominación que se le ha dado, ya que no creo que el síndrome empezara en Estocolmo ni que sea una actitud inaudita, jamás experimentada anteriormente por grupo humano alguno, sino que quizá es tan antiguo como la humanidad; y para que se produzca no son necesarias circunstancias especialmente trágicas con peligro de la vida, como las que dieron nombre a esta situación hará unos treinta años, cuando en Estocolmo fue asaltado un banco y tomados como rehenes empleados y clientes, los cuales, cuando iban a ser liberados, actuaron a favor de los maleantes y contra sus libertadores dificultando la labor de rescate y poniendo en peligro la vida de los policías.



Nils Bejerot



Sandor Ferenczi

Nils Bejerot fue el psicólogo que designó esta actitud como Síndrome de Estocolmo, que consiste, según él, en el desarrollo de un mecanismo inconsciente de identificación de las víctimas con sus agresores debido al terror ante la indefensión, frente al peligro de muerte. Antes que él, Sandor Ferenczi habló de esa identificación entre víctima y agresor, pero referido a niños que han sufrido abusos sexuales.

No obstante, como dije antes, insisto en que ese síndrome es antiquísimo y no necesita para producirse situaciones especiales de pánico, ni amenazas de muerte.

Es la tendencia de las multitudes a someterse incondicionalmente al que manda o al grupito dominante, actuando de acuerdo con lo que creen que se espera de ellos y absteniéndose de recurrir previamente a cualquier juicio crítico. Es el «todos contra uno» o contra la minoría y no necesitan amenazas para someterse, siendo capaces de estampar su firma contra alguien por asuntos que desconocen o incluso a sabiendas de que firman en falso, aunque la víctima sea amigo y aunque ese amigo en otras ocasiones les haya ayudado y defendido. El que ostenta el mando sabe que no necesita coaccionar; que su voluntad será acatada aunque esta sea la de privar a un compañero de los recursos materiales o de otra índole necesarios para la eficacia de su trabajo, o impedirle realizar la tarea para la que tiene excepcionales aptitudes, sobre todo si esta puede proporcionarle mayor prestigio.

Todo esto puede ocurrir, y ocurre, en oficinas, en el ejército, en los colegios, no sólo entre los alumnos, sino que es tanto más frecuente entre los profesores, contra alguno de ellos. Y puede ocurrir para eliminar a un socio de una sociedad o de una excursión, etc.

También se da entre los animales, yo lo he observado en los gatos. .. (ya hablaré de ellos en otra ocasión).

La víctima perseguida y obstaculizada suele ser la más creativa, a la que por lo mismo envidian; y es una gran pérdida ahora que se habla tanto de que hacen falta talentos creativos.

Los psicólogos norteamericanos se han preocupado por este fenómeno tan dañino que impide a la víctima elegida rendir todo lo que podría. Lo designan con el nombre de mobbing y tratan de descubrirlo y condenarlo donde se presente, por ser tan nefasto para el avance social. Cuando se da en los niños lo que nosotros llamamos «acoso escolar» y en inglés *bullying*, es el grupo de escolares sometido al cabecilla contra un compañero. Suele ser contra el más estudioso, contra el más temido o el que es diferente. Y aunque se designe a esos fenómenos con nombres diferentes como mobbing, acoso, *bullying* o Síndrome de Estocolmo tienen algo en común: es el leitmotiv que suena y resuena obstinadamente; es siempre lo mismo: sometimiento incondicional y colaboración de los grupos con el que manda, aunque para ello haya que acallar la conciencia en muchas ocasiones.

Sin embargo, de todos esos síndromes, el de Estocolmo, aunque tampoco tiene justificación, al menos tiene explicación. Los demás se le parecen, pero son síndromes de baja estofa, porque sus cabecillas ni siquiera exponen su vida ni su libertad; ni sobre las cabezas de sus obedientes seguidores se cierne amenaza alguna.

Por otra parte, la ocasión de convertirse en rehén de atracadores es tan improbable que la mayoría se mueren si haber llegado a colaborar con bandas de criminales y asesinos, lo cual por lo que se ve realizarían sin más escrúpulos.

Quizá esas gentes que en grupo son deleznales, como personas individuales serían respetables... no lo

sé... quizá ocurre que entre la multitud la personalidad se disuelve y el sentido de la responsabilidad y de la ética se vaporizan.

¿Por qué la mayoría se somete indiscriminadamente al que ejerce de superior?

Pienso que, a veces, por afán de medrar. Pero otras, simplemente, porque se sienten honrados con su amistad empezando por tener siempre a punto «la risita tonta para los chistes del jefe» (Como decía El Zorro, aquel humorista, de un tal Fernández), y también por otras condiciones negativas que subyacen como instintos sin superar: la envidia, el egoísmo, el desagrado al compañero que le ayudó, la falta de pudor...

Claro está que por suerte existen también personas íntegras, dignas, que escuchan su conciencia y se guían por condiciones éticas y justas. Se encuentran tanto entre los dirigentes como entre los subordinados. Y en eso no tienen nada que ver los conocimientos recibidos en los estudios. Hay personas consideradas incultas, aparentemente rústicas, dotadas de gran elegancia espiritual y de un sentido natural de la moral extraordinario; verdaderos diamantes en bruto. Yo conozco algunos; gente que jamás claudica aunque tengan que quedarse solos. .

Pero entre la muchedumbre no se les ve, ni su voz se oye, ni por lo tanto se escucha.

Manuel Quiroga Clérigo.

Fuimos más que hombres, la poesía.

PILAR BLANCO DÍAZ.
EL JARDÍN INVISIBLE.

Ediciones Rialp (Colección Adonais); Madrid, 2006, 100 pags.

Nacida en Bembibre (León), Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca, Pilar Blanco Díaz une a los numerosos galardones que ha recibido su obra poética, el Premio San Juan de la Cruz 2006. Su poemario «El jardín invisible» nos habla de la vida y sus misterios, del dolor de lo cotidiano y de las incertidumbres a que está abocado el ser humano. Pero también habla de la belleza de lo cercano y del mágico acontecer de la naturaleza haciendo más sensibles nuestros pasos. Como en otros libros de la autora se expresa con poemas cortos, fugaces reflexiones en torno a sí misma o a lo que está a su alrededor, como en el poema-interrogante «¿Quién traza las fronteras?»: *Tus brazos/frontera entre el fulgor y el desconsuelo*; o en «Tiempo de adiós»: *Y ves cómo la vida/con un guiño truhán que acaso es una muñeca/no te hace cumplir años sino cumplir ausencias*. Su mundo alborotado quiere romper la soledad, inaugurar los jardines del reposo, enfrentarse a los universos abiertos de los afectos y de la calma. Lo hace dando a sus palabras una música especial, como creando un concierto de amenas elucubraciones donde sea posible, al fin, contemplar la serenidad de la belleza en todas sus plenitudes. *Paseo por mi sueño con mi alma en la mano/y atrapamos la turbia levedad de las cosas/-como un jardín sobrio que ningún astro enciende,/que ninguna*

deidad imaginó en su altura-. («Jardín de sueños»). Hay otros poemas más intensos, más extensos, allí donde la meditación se hace amplia y consecuente, donde el suave reclinar del deseo aparece vibrante, donde el abismo de la soledad trata de desvanecerse para hacerse aire o, simplemente, nube blanca. Por ejemplo «Involución salvaje» donde todo tiene el color que queramos darle: *La claridad devuelve contornos a las cosas:/ la mirada rojiza sobre el mar, los árboles abriéndose en resplandor dorado,/ el infinito prisma de la conciencia/ girando lentamente, dando luz/ a la luz,* o recordando que siempre existe la esperanza, el mañana paciente o la existencia amable: *Todo fluye en la calma que da la realidad./ Cuando cierro los ojos/ resuenan los tambores, se encienden las hogueras y primitivas danzas/ continúan su frenesí de siglos,* manteniendo la idea del ser humano como-ser-para-la-muerte pero inmerso en una melodía de, acaso, dulces resonancias: *Somos hombres/ que fuimos más que hombres, que escondemos sus ecos,/ color en la tiniebla/ y la mirada mansa tiene un fulgor salvaje brillando en su interior/ desde el remoto origen de la vida.* Hay un leve misticismo en esos pensamientos renacidos del dolor, elevados a los mundos diáfanos de la ternura, orlados de algún parpadeo elemental y humano: es la poesía siendo parte del alma, la palabra renaciendo desde antiguas historias: *Sube, aléjate del suelo, aprende a ser luz,/ a sentirte luz,/ recobra la belleza/ perdida en el principio de los tiempos,* escribe en «De vuelo».

Los finales de un sueño.

CARLOS AGANZO

EL HOMBRE ASOMBRADO.

CARLOS AGANZO. ACCIÓN GETAFENSE 16-2-06.

Con poemas de Carlos Aganzo y dibujos de Julio Saura el periódico local ACCIÓN GETAFENSE publicó su separata número 618 del 16 de febrero de 2006 titulada EL HOMBRE ASOMBRADO. En ella los versos de Aganzo, realizados por el grafismo sorprendido y realista de Saura, cobran valores admonitorios. Son historias de nuestro tiempo, trozos que nos llevan a los finales de un sueño como leeremos en los pensamientos últimos: *¿Quién eres tú, luz que me desborda?/ ¿Quién*

eres tú, *savía sin retorno?*/El final de este sueño es el principio/sin palabras del hombre. Y es que el ser humano se asoma a su circunstancia, a los universos abiertos de la soledad y de las sombras y, pese a tantas inquietudes, opta por seguir descubriendo la música de los sueños. De eso habla Aganzo en el primer poema: *Me miro hacia dentro, recorrerme quiero/la espiral del iris,/la curva caracola del oído/el túnel inquietante de la arteria: secretos caminos...* Pero también busca los espacios inquietantes, la naturaleza lujuriosa y vital, el asombro de la vida haciéndose presente. Es el poema segundo: *Suelto las amarras/ y me voy despacio,/ hacia el aire abierto*. Y es que nada es eterno, nada permanece más allá de la soledad o de la ruina. Reflexionamos en torno al valor de las cosas, a las escasas visiones del placer o la felicidad. Y en esos entornos todo vuelve a surgir, a hacer evidente, inquietante, a veces efímero: *Deja que los ojos rompan sus distancias,/ y verás colores que nunca existieron*. Y así vamos avanzando por las caras de tigre concentrado u hombre solitario con forma de butaca o la efigie borrada de máscara rotunda y esa virtualidad de nada con cara de adormecida fiera, que repite su sonrojo, y la niebla que además de asombrar inquieta duplicándose inerte y, también, el cubismo de la nada, de esa valentía de exclamar cuestiones calladas: son los dibujos de Saura. Volvemos al poema IV donde el poeta termina pidiendo: *Que suene la música/ y todos los ángeles se marchen al cielo*, claro que enseguida aparecen otras melodías, otros minutos de ambigua coexistencia con los minutos confusos. *El viaje lleva retazos de muerte, dice el poeta-/ el helor terrible de unos ojos huecos/ mirando las sombras;/ un frío de ahogado*. Bueno, nada es igual después de haber soñado, hasta llegar a esa «nube (que)se lleva el aire y su sombra», donde todo permanece como suspendido en las nubes del recuerdo, en la vitalidad de los momentos antiguos. Recorremos la tarde y sus paisajes, los tempos renovados, «sin dioses», escribe Aganzo, unos siglos pretéritos rodeados de nada. Ahí permanece el hombre, desde siempre asombrado. Ahí queda la poesía lúcida y amable de un poeta de hoy que aún habla de «La memoria sin lluvia y sin escamas». Permanece el silencio.

*Donde no te hallé nos buscamos***CECILIA QUÍLEZ LUCAS**
UN MAL ÁCIDO.

Edita. TORREMOZAS, Madrid, 2006. 70 pags.

A veces la mujer se hace poesía. O viceversa. El caso es que el verso brota libre, pleno de sentimiento, alborozado. Y nos conduce por amplias primaveras, por pasiones recónditas, por inquietos parterres. Sucede en un libro titulado «Un mal ácido», y con una poeta llamada Cecilia Quílez Lucas (Algeciras, 1965) que, en plena juventud creadora ofrece su segundo libro, el primero fue «La posada del dragón» (Madrid 2003), esta vez de la mano de Ediciones Torreozas, la ejemplar entidad que se propuso hace 15 años llevar a las mujeres la poesía escrita por ellas mismas y que, hoy, en su colección de bandera llega al número 208. Ah, hablamos de poesía. Y de los suaves cielos de la vida, de alguna lencería poco disimulada, de músicas eternas, de picardías, de amor que permite nuevos amaneceres. Ramiro Fonte en el prólogo viene a decir que «Quién no ha sentido el vómito de la vida, ese mal ácido en alguna ocasión no merece vivir. Hay, en efecto, un edén. Ese edén para ángeles justos puede encontrarse en un verso de Cecilia Quílez o, ¿por qué no?, en esta misma página». Por ejemplo: «En las dunas/donde no te hallé nos buscamos». Bueno, primero aclaremos. El libro tiene dos partes, aunque por ambas discurre la reflexión, cierta duda, el valor de enfrentarse cada mañana al verso y a la existencia. La segunda es «La mano en la fuente», decisiva intervención de la poesía en el ámbito de los deseos: *En la tierra de Venus/el potro se impacienta./Endemoniado, busca/bajo cápsulas de hilo/un océano sereno,/vanidad dormida/falsamente despejada./Búscame en los frunces de la piel caprichosa/la libélula que espera/ser resucitada* (El escondite). Es que la autora, aplicada a la hora de concebir el verso, se planta en su mismo centro, ausculta sentimientos y vivencias, y vuelve sobre el amplio espacio de las palabras. Del poema que da título al poemario, y a la primera parte elegimos: *Pongo mis visceras encima del escritorio/ y las miro sin contemplaciones./ Y espero./ Espero a ver si pasa alguien/ que las tamice como las lentejas/ que se*

desahucian en el marmol. Sin embargo hay escasa frialdad en los nítidos versos, pues es como aventar una biografía que puede ser la de cualquier poeta -mujer u hombre-, esas pieles desconfiadas que pretenden mantener el corazón en vilo.

Vicente Huidobro: un poco de infinito.

VICENTE HUIDOBRO. POESÍA Y POÉTICA.

Antología de René de Costa. Alianza Editorial, Madrid, 1996.

Subir desde Cartagena, muy cerca de la Isla Negra nerudiana, apoyarse en la barandilla de su casa, mirar el infinito de ese Océano Pacífico y, después, tomar el caminito y llegar hasta su sepultura, empinada en el cerro y con el aire repleto de nostalgia y de mar, es vivir un poco del aliento de Vicente Huidobro. Dicen que él quiso reposar en ese alto, allí donde todo parece más chileno y más poético, cerca de los eucaliptos y de un verde intenso. Nos queda una remota sensación de vitalidad lírica, de plenitudes, de ensoñaciones.

No sólo el creacionismo sino otros movimientos de la vanguardia cultural americana y, también europea, forman parte de la inquietante biografía del poeta acaso especial, o diferente, que fue Vicente Huidobro. Chileno, aunque viajero impenitente por Europa donde pasó largas temporadas, principalmente en Madrid y París, Huidobro tuvo una corta vida, de 1893 a 1948. Pero su existencia fue un prodigio de aventuras, de vitalismo, de rebeldías, tanto en lo personal como en lo literario. Raptando a una bella quinceañera y emprendiendo un camino de afectos y de rupturas, se manifiesta como un ser apasionado y vehemente. Escribiendo manifiestos por doquier y emprendiendo una ruta de rompimientos, con una poesía personal y sugestiva, se nos presenta como un abanderado de la poesía, como ese creador capaz de crear continuamente novedosas esencias en que basar sus permanentes entusiasmos.

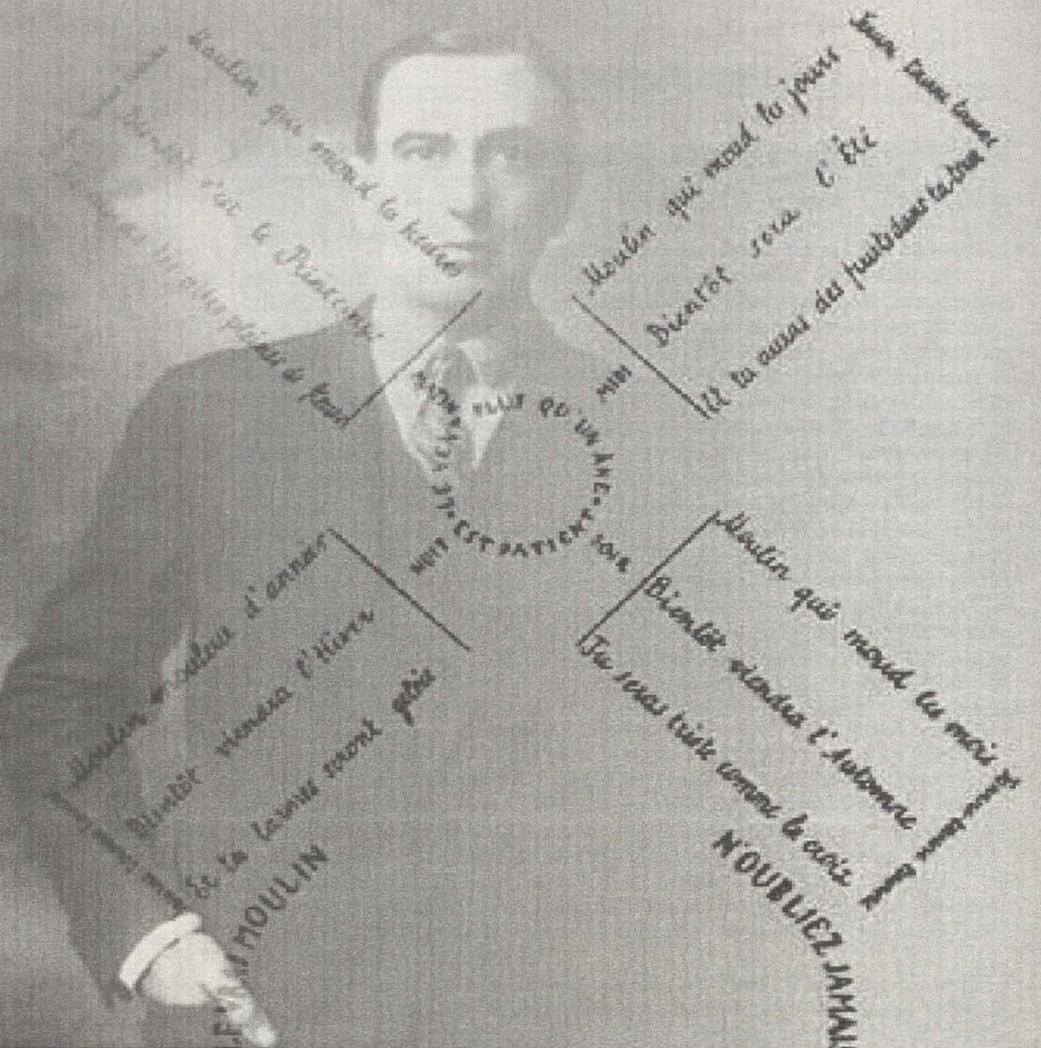
«La Poesía es un desafío a la Razón», dice en 1931. Y en su largo y fascinante poemario «Altazor», redimensiona el universo, se interna en los espacios de la memoria, estalla en mil fantasías. A partir de ahí millones de pétalos van formando su obra lírica que cobra el valor de

una biografía o de un lamento. *«Soy yo Altazor/Altazor/Encerrado en la jaula de su destino/En vano me aferro a los barrotes de la evasión posible/Una flor cierra el camino/Y se levanta como la estatua de las llamas/La evasión imposible/Más débil me marchó con mis ansias/Que un ejército sin luz en medio de emboscadas».*

Huidobro es la esencia de una poesía renovadora, fulgurante, arriesgada, impresionada por el dolor de unas sociedades en ebullición. Él mismo vivió los avatares de la I Guerra Mundial, se hizo comunista y luego rompió «Con el Partido como consecuencia del pacto Germano-Soviético». En su manifiesto denominado «El Creacionismo» dice «no es una escuela que yo haya querido imponer a alguien, el creacionismo es una teoría que empecé a elaborar en 1912, y cuyos tanteos y primeros pasos los hallaréis en mis libros y en mis artículos mucho antes de mi primer viaje a París». Más adelante manifiesta que «La primera condición del poeta es crear; la segunda, crear, y la tercera, crear». Sus relaciones con los grandes del siglo, sus escritos de todo tipo, sus aventuras, su amor a la poesía, o todo ello en su conjunto, es la pura representación de un verdadero creador. Bucear en sus versos y en su trayectoria nos permitirá conocer, de una manera más racional y amplia, la quimera de esta historia poética que llega hasta hoy mismo. Esta antología de René de Costa «Vicente Huidobro. Poesía y Poética», que publica Alianza Editorial supone un regalo para acercarse al importante poeta que fue, y es, Vicente Huidobro.

TOUJOURS LES INSTANTS COMME UNE HORLOGE

ILS SONT DES GRAINS AUSSI MOULIN DE LA MÉLANCOLIE



Moulin qui moule le pain
 Moulin qui moule le froment
 Moulin qui moule le blé
 Moulin qui moule le seigle
 Moulin qui moule le maïs
 Moulin qui moule l'orge
 Moulin qui moule le sarrasin
 Moulin qui moule le millet
 Moulin qui moule le riz
 Moulin qui moule le sorgho
 Moulin qui moule le blé dur
 Moulin qui moule le blé tendre
 Moulin qui moule le blé d'hiver
 Moulin qui moule le blé de printemps
 Moulin qui moule le blé d'été
 Moulin qui moule le blé d'automne
 Moulin qui moule le blé d'hiver
 Moulin qui moule le blé de printemps
 Moulin qui moule le blé d'été
 Moulin qui moule le blé d'automne

Moulin qui moule l'annuaire
 Moulin qui moule l'histoire
 Moulin qui moule la science
 Moulin qui moule la littérature
 Moulin qui moule la philosophie
 Moulin qui moule la morale
 Moulin qui moule la religion
 Moulin qui moule la politique
 Moulin qui moule la guerre
 Moulin qui moule la paix
 Moulin qui moule la justice
 Moulin qui moule la liberté
 Moulin qui moule l'égalité
 Moulin qui moule la fraternité
 Moulin qui moule la solidarité
 Moulin qui moule la coopération
 Moulin qui moule la démocratie
 Moulin qui moule la justice sociale
 Moulin qui moule la justice économique
 Moulin qui moule la justice environnementale
 Moulin qui moule la justice culturelle
 Moulin qui moule la justice éducative
 Moulin qui moule la justice sanitaire
 Moulin qui moule la justice pénale
 Moulin qui moule la justice administrative
 Moulin qui moule la justice fiscale
 Moulin qui moule la justice sociale
 Moulin qui moule la justice économique
 Moulin qui moule la justice environnementale
 Moulin qui moule la justice culturelle
 Moulin qui moule la justice éducative
 Moulin qui moule la justice sanitaire
 Moulin qui moule la justice pénale
 Moulin qui moule la justice administrative
 Moulin qui moule la justice fiscale

Moulin qui moule le maïs
 Moulin qui moule l'orge
 Moulin qui moule le sarrasin
 Moulin qui moule le millet
 Moulin qui moule le riz
 Moulin qui moule le sorgho
 Moulin qui moule le blé dur
 Moulin qui moule le blé tendre
 Moulin qui moule le blé d'hiver
 Moulin qui moule le blé de printemps
 Moulin qui moule le blé d'été
 Moulin qui moule le blé d'automne
 Moulin qui moule le blé d'hiver
 Moulin qui moule le blé de printemps
 Moulin qui moule le blé d'été
 Moulin qui moule le blé d'automne

VOILÀ ICI LE MOULIN

N'OUBLIEZ JAMAIS SA CHARRON

IL FAIT LA PLUIE ET LE BEAU TEMPS
IL FAIT LES QUATRE SAISONS

FARINE DU TEMPS QUI FERA NOS CHEVEUX BLANCS

Índice	págs
Jesús Morata Moya.....	7
María José Vioque Lorenzo.....	18
Enrique Galindo.....	21
Antonio J. L. Contreras Lerín.....	28
Lola López Díaz.....	31
Vanessa Jiménez García.....	35
Marisa Morata Hurtado.....	41
Magdalena Castaños Fontirroig.....	47/108
Manuel González.....	49
Martín Lucía.....	53
Jesús Pino.....	59/83
María Antonia Ricas.....	62
Ramón Martín.....	69
Paco Morata.....	75
Joaquín Copeiro.....	78
Ana Isabel Rodríguez Ortega.....	88
Reyes Santiago Ostos.....	93
Juan Carlos Pantoja Rivero.....	96
Inmaculada Gómez Vera.....	106
Manuel Quiroga Clérigo.....	114



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

PATROCINA



Telefónica